This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

WIDENER
HN PKJQ 1

S. Salas Garrido

EXPOSICION

DE LAS

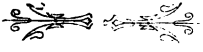
IDEAS ESTETICAS

DE

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

MALAGA
Escuela Tip. San Bartolomé
1905

Ideas Estéticas



EXPOSICIÓN

DE LAS

IDEAS ESTÉTICAS

DE

Miguel de Cervantes Saavedra

POR

SALVADOR SALAS GARRIDO

LICDO. EN DERECHO Y EN FILOSOFIA Y LETRAS

MALAGA

ESCUELA TIPOGRAFICA SAN BARTOLOME

1905

Span 5048.20

HARVARD COLLEGE
NOV 19 1906
LIBRARY.
Salem Fund

Este libro es propiedad del autor, quien ha hecho el depósito que marca la ley y perseguirá ante los Tribunales á cuantos de algún modo atenten á sus derechos.

EXCMO. SEÑOR

Don Leopoldo Eguílaz Yanguas

Mi queridísimo y respetable maestro:

Sólo á V. debo dedicar este libro, pobre fruto de mi menguado entendimiento. V. fué quien me sugirió la idea de escribirlo; V. quien me ilustró con sus consejos; V. quien me alentó con sus plácemes: á V. corresponde de derecho esta obra; que si algo bueno contiene á V. se debe, pues solos los defectos reconozco por míos.

Su ilustre nombre amparará mi obrilla.

Su siempre entusiasta admirador, agradecido discípulo y seguro fidelísimo servidor

q. l. b. l. m.

El Autor

AL LECTOR

Este estudio, primera producción de mi torpe pluma, que hoy sale á luz en forma de libro, lo escribí hace diez y ocho años, cuando aún era un niño. No puedo alegar, pues, como excusa de sus muchas faltas la precipitación ni el poco tiempo.

Estudiaba yo en la docta Universidad de Granada las licenciaturas en Derecho y en Filosofía y Letras, cuando el ilustre polígrafo D. Leopoldo Eguílaz Yanguas, preciado ornamento de aquella Escuela y ya en posesión de merecida fama aquende y allende las fronteras, tuvo el mal gusto de fijarse en mí y el desacierto, acaso único en su vida, de aconsejarme con insistencia me dedicase á

esta clase de estudios, dándome el tema para el primero de mis trabajos.

El eximio maestro, gloria nacional indiscutible, se equivocó al medir mis fuerzas, confundiendo, por el espejismo del cariño, la afición con las aptitudes. La tierra estaba óptimamente abonada por el agricultor; pero los componentes químicos eran de tal índole que quedó, si no estéril por completo, condenada á producir pocos y pésimos frutos.

Por obediencia tan sólo, acometí la empresa, estudiando directamente en las mismas fuentes, ya que nada se había escrito acerca de punto tan interesante. Como dí término á mi obra el lector lo verá. En 1889 fué leido por voluntad del ilustre estilista en varias sesiones públicas de una sociedad benemérita, cuyos servicios al arte y la cultura no se olvidarán jamás en la ciudad de la Alhambra, el *Centro Artístico de Granada*, y luego se publicó en el *Boletín* del mismo, en los últimos números de aquel año y primeros del siguiente.

Hace mucho tiempo, que por el deseo de

personas, más benévolas que justas, debiera haber hecho lo que hoy realizo; más circunstancias diversas lo han retardado y sale hoy sin el prólogo por mi ilustre maestro prometido, porque, después de perder diez y ocho años, no dispongo ahora de los días indispensables para demandar lo ofrecido, ni debo, ni puedo ni quiero apremiar á quien en trabajos de más alto momento y de más provecho para las letras patrias ocupa los días de su ancianidad laboriosa.

Si hoy entrego al público cosa de tan poco valor, muéveme á ello el deseo de contribuir con mi granito de arena á la obra común del tercer centenario de la publicación del más excelso de los libros por el entendimiento humano producidos. Estudios diversos y de mayor extensión acerca del Príncipe de los ingenios estoy preparando, y, si el Señor es en ello servido y el público acoje esta obrita con benevolencia, los publicaré en fecha próxima.

No pido consideración ni benevolencias al público ni á la prensa; me basta con que ha-

gan justicia, teniendo en cuenta que nada pretendo y que en menos estimo yo lo que han de juzgar, que los juzgadores por severos que sean.

El Autor

A GUISA DE PROLOGO

Sin la celebración del tercer centenario de la publicación del *Ingenioso Hidalgo*, estas líneas preliminares holgarían por completo; mas en estos días han surgido tantos cervantistas improvisados y se han dicho tantas y tales peregrinas cosas en certámenes, veladas, actos oficiales ó literarios, en la prensa periódica y en folletos, que reclamarían por esos mundos de Dios, á ser posible, no una tercera salida de D. Quijote con lanza y espada, si no de la pobre Maritornes, escoba en ristre, para barrer tanta sandez y tanta suciedad como sobre el inmortal libro y su autor insigne se han arrojado.

Hace tiempo, existió en nuestra ciudad

una asociación de *Admiradores de Cervantes* (?), cuyos miembros ni por casualidad habían leído el *Quijote* y los cuales se reunían á saborear sendas tazas de café, jugar á la brizca y á discurrir honestamente, en los intervalos, acerca de la belleza de nuestras paisanas ó disputar con motivo de las suertes de los más renombrados diestros toreros.

Hoy no sucede eso; pero un cabildo municipal de antaño ha dado el nombre de Cervantes á una calle, que por las trazas no lo será nunca; se ha dicho en algunos periódicos que Cervantes profesaba opiniones, de las que murió completamente ayuno; se ha afirmado, en forma escultural y sobrada vituperable ligereza, que vivió y murió en la miseria y que se ignora cuáles sean los lugares de su cuna y sepultura; se han removido sus venerandas cenizas para calumniarlo, tachándolo de descreido ó de inmoral, y hasta el desdichado é impertinente Unamuno, torturador implacable del habla castellana y de la sindéresis, ha sostenido que el *Quijote* es una gran cosa, digna de toda loa y para la cual todo encomio

es pequeño; pero que su autor fué un escritorzuelo mediano, poco menos que mengua de las letras patrias, el cual logró no obstante su ineptitud probada (supongo yo, que por milagro ó arte de magia) escribir una maravilla sin enterarse ni poder apreciar su mérito.

Cuando así escribe un rector de Salamanca ¿qué no dirá el vulgo sin toga ni borla?

Voy pues á decir muy pocas palabras á propósito de Cervantes, ni más ni menos, que si este libro versase sobre algún desconocido autor chino, ó como si todos los lectores hubiesen de ser cuasi analfabetos ó modernistas.

Miguel de Cervantes Saavedra

Aunque varias ciudades, entre ellas Toledo, Madrid y algunos pueblos como Consuegra y Alcázar de San Juan, se han disputado la gloria de contar al ilustre soldado entre sus hijos, es en el día cosa probada hasta la evidencia para cualquiera que no sea desairado pre-

tendiente á la diputación en Cortés ni Rector de Salamanca, que Cervantes nació en Alcalá de Henares, en el año de gracia de 1547, recibiendo en la misma ciudad el 9 de Octubre las santas aguas del Bautismo. Sus padres, Rodrigo de Cervantes y D.ª Leonor de Cortinas, eran hidalgos de rancios pergaminos y escasa fortuna, aunque disponían de lo suficiente para dar decorosa educación á sus hijos. Estos, Rodrigo y Miguel, obrando con la libertad entonces en uso, optaron por llevar el apellido de su padre en unión del de Saavedra, al parecer, el preferido de la familia, acaso porque de él arrancaban los timbres nobiliarios, sin que ésto supusiera ofensa para la línea materna, pues no era costumbre en aquel tiempo, lo que hoy consideramos norma legal ineludible.

Tuvo Miguel por maestro de humanidades al clérigo D. Juan López de Hoyo, cuya casa-colegio se conserva aún en Madrid para responder á los ignorantes, que dicen no saberse nada respecto al insigne escritor. Estudió después en la celebérrima Universidad de Al-

calá con grandes resultados, pasando muy pronto á Italia al servicio del Cardenal Aquaviva hasta que los preparativos de guerra contra los turcos enardecieron la sangre del fervoroso católico y fiel español. Corrió en el acto á alistarse entre los voluntarios que iban á luchar contra los enemigos de la cristiandad bajo las órdenes de D. Juan de Austria y allá fué á Lepanto, ganoso de conquistar fama y honores ó de vender cara su vida.

Enfermo se encontraba y rebajado por tal motivo de todo servicio el fausto día de la batalla, cuando hasta él llegaron las voces de sus compañeros, que por disposición del ínclito caudillo rezaban el santo Rosario, como la mejor preparación al apercibirse para el combate. Cervantes no pudo contenerse y vistiendo sus ropas y devorado por la fiebre se lanzó sobre cubierta al encuentro de la victoria ó de la muerte, aquel día segura portadora de la eterna salvación. No logró alcanzarla por el momento, que para otras empresas lo reservaba la Providencia Divina, y perdió un brazo, el izquierdo, motivo luego

para el heróico escritor de santo legítimo orgullo.

Vuelto á Nápoles, aún le quedaban bríos para proseguir su vida militar y asistió á las batallas de Navarino, Túnez y la Goleta. Regresaba á España con buenas cartas de recomendación, debídas á su acrisolada honradez y no desmentida bravura, por Don Juan de Austria y el Duque de Sesa, expedidas, cuando el Señor quiso visitar á su siervo con nueva inesperada tribulación. La galera en que venía en unión de su hermano Rodrigo fué sorprendida y asaltada por las naves y hordas del feroz corsario berberisco Mamed Dalí. Defendiéronse como buenos los cristianos; mas el número hizo imposible toda resistencia y los Cervantes, extenuados de fatigas, presa de la fiebre, acribillados de heridas y perdido el conocimiento, cayeron cautivos; que no de otra suerte se hubiesen apoderado de sus personas.

Cautivos, que no prisioneros de Guerra, fueron conducidos á Argel, donde permanecieron cinco años, pues la avaricia de sus due-

ños, exacerbada por los elogios en las cartas mencionadas leidos, hizo más dificil el rescate. A costa de increíbles sacrificios pudieron los afligidos padres enviar suma considerable, que los berberiscos dijeron no estimar más que en el valor de uno. Motivó esto una lucha generosa entre los hermanos, de la cual salió vencedor Miguel, obteniendo Rodrigo la libertad; mas Dios miraba por su fiel devoto y envió allí á unos PP. Trinitarios, encargados por su Orden de emplear el óbolo de la caridad en rescatar cautivos, y Miguel de Cervantes, por obra de los frailes y gracia de Dios, quedó libre el 9 de Septiembre de 1580.

De vuelta á su patria, dedicóse al teatro, escribiendo varias obras con la protección y nombre del gran Fray Lope de Vega Carpio, obteniendo luego un bien retribuido empleo en Andalucía como recaudador de alcabalas, lo que le valió el sueldo de diez y doce reales diarios, equivalente hoy á veinte ó veinticinco pesetas. La envidia y la injusticia dieron con él en la cárcel de Argamasilla de Alba, instruyéndose el obligado sumario por el su-

puesto delito de malversación. Salió de la tremenda prueba sin la menor mancha en la conciencia ni en el papel sellado y volvió á la Corte.

D.ª Catalina de Salazar

En este intervalo, Cervantes, que hubo, en el único estravío de su juventud de que se tiene noticia, á su hija Isabel, arrepentido en el mismo momento de su pecado y no pudiendo dar la mano de esposa á la cómplice de sus faltas, ni tan graves, ni tan fecundas, ni tan numerosas como sus detractores pretenden, hízola bautizar, ocultando el nombre de la madre, cual hija natural suya que era de indubitable paternidad, y le dió el tan amado apellido de Saavedra, llevándola consigo desde entonces, es decir desde el momento en que la legitimación era imposible, no retrocediendo ni ante la murmuración ni ante la calumnia que sobre él había de recaer como caballero y cristiano rancio.

Vió compenzada prontamente por el cielo

su noble conducta, deparándole el conocimiento del intachable y desiquilibrado caballero D. Alonso de Quijano, de quien más tarde sacó el héroe del mejor de sus libros.

En compañía y bajo la guarda del caballero vivía una su sobrina, de tan acrisolada virtud y sólida piedad como discreción y peregrina hermosura. Llamábase D.ª Catalina de Salazar, contaba próximamente diez años menos que el heróico manco y estaba horra de amor y de toda otra preocupación que no fuese la de atender á la quebrantada salud de su tutor y deudo.

Tratáronse con asiduidad y confianza, nació el afecto, contábale ella sus cuitas, leíale él sus composiciones, admirábanse ambos, convenían en creencias, la niña Isabel fué un nuevo lazo entre la virtuosa beldad y el triste caballero, vióla Quijano con buenos ojos y el afecto se convirtió lentamente en honesto amor, que santificó el sacramento matrimonial el 12 de Diciembre de 1584.

Dedicado en la Corte á la literatura y á la piedad y viviendo de sus ahorros y el produc-

to de su trabajo, habitó en una casa de la calle del León, esquina á la denominada hoy de Lope de Vega, que aún se conserva renovada y demuestra por el solar que ocupa no podía padecer grandes estrecheces y apuros su dueño.

La tertulia del Inquisidor

El sitio en que vivía, cerca del *Corral de la Pacheca* y del palacio de Medinaceli, sus aficiones y su antigua amistad con el *Fénix de los ingenios* hicieron de Cervantes habitual contertulio del Inquisidor, cuya casa aún se vé bien próxima.

Allí debió conocer á otro hombre portentoso, mucho más joven que ambos, de gran valimiento en todas partes, incluso en el regio alcázar, y verdadero potentado por su fortuna ó influencias, que convertían su posición en formidable. Era este hombre D. Francisco de Quevedo y Villegas, Señor de la Torre de Juan Abad y lugar-teniente del partido político por el Duque de Osuna acaudillado.

Mucho debió favorecer á los tres esta amistad íntima con el ilustre vecino (vivía entre ambos casi, en una trasversal que lleva su nombre) y acaso en la amena y chispeante conversación de los tres, los tres encontrasen positivos beneficios. Acaso el tétrico carácter de Quevedo se hizo más alegre, disipando sus naturales tristezas la travesura de Lope y la gracia expontánea de Cervantes; acaso éste y el Inquisidor aprendieron mucho del profundo pensamiento y vastísimos conocimientos de Quevedo; acaso Lope abrió á Cervantes las puertas de la alta sociedad cortesana y limó las asperezas de su joven amigo, estrechando las distancias, que la entereza y dignidad exageradas habían colocado entre su persona y muchos hombres importantes de la época.

En esta tertulia, en la que es de suponer figuraban otros ilustres ingenios, tales como el clérigo Mirademezcua y D. Juan Ruiz de Alarcón, un tiempo enemigo de ellos, debieron fraguarse mil travesuras, tan honestas como ingeniosas, entre ellas la que dió por re-

sultado el matrimonio de Quevedo, y en ella debieron saborearse por vez primera y corregirse por mútuas indicaciones muchas inmortales creaciones, hoy admiradas por el mundo. ¿Quién sabe si *La Estrella de Sevilla*, *El Acero de Madrid*, *La Verdad Sospechosa*, *El Tejedor de Segovia*, *El Gran Tacaño*, *Las Novelas Ejemplares*, el mismo *Quijote* y aún la *Política de Dios* no se leyeron por vez primera en casa del Inquisidor y no llevan la huella imperceptible de atinadas observaciones de los contertulios? Por lo menos, se sabe que algunas obras se escribieron en colaboración.

Tengo para mí, mientras de otra cosa no se me convenza, y lo creo muy difícil, que la tertulia del Inquisidor influyó grandemente en el pensamiento y gusto de cuantos la frecuentaban y en sus producciones inmortales.

La piedad de Cervantes

El catolicismo de Cervantes no puede ofrecer dudas: proclámanlo de consuno sus obras maravillosas, sus grandes acciones, los libros por él elogiados, las ideas vertidas á granel en sus admirables producciones, su testamento y los amigos de su trato; pero Cervantes no es simplemente católico: es además un hombre de acendrada y edificante piedad.

Fué devotísimo de la Santísima Trinidad y á sus espensas fundó un templo y un convento de monjas de esta Orden y en él reposan sus cenizas por voluntad propia, en la calle que en Madrid lleva su nombre, donde he podido tener el placer de rogar por el eterno descanso de su alma, lo que hacen diariamente multitud de personas de toda clase y condición, y lo que han debido hacer los Sres. Unamuno y Pérez Lirio, con lo cual, nó sólo hubiesen realizado una obra de misericordia, si que también se encontrarían libres de afirmar bajo la fe de su palabra, que se

ignora el lugar de la sepultura del *Príncipe de los ingenios.*

Tuvo así mismo particularísima devoción al Santísimo Sacramento, hasta el punto de firmar muchas de sus mejores poesías con el pseudónimo *Un devoto del Santísimo Sacramento*, en el cual todos sus contemporáneos leían Miguel de Cervantes Saavedra. Otra prueba innegable de esta su particular devoción es haber fundado en compañía de cuatro comediantes (como mi amigo D. Narciso Díaz de Escovar ha probado en estos días) la Cofradía matritense del Santísimo Sacramento y puesto los primeros fondos.

Como era lógico, después de las devociones apuntadas, fué en él la principal la devoción por la *Reina de los Angeles*, á la que dedicó versos inspiradísimos. Profesó verdadero entusiasmo por el misterio de la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora, adelantándose, como al pueblo español sucedió, en varias centurias á la declaración dogmática.

Fué también devotísimo del glorioso Patriarca San José, cuya intercesión solicitó con

éxito varias veces, y del seráfico San Francisco de Asís. Perteneció á la Orden Tercera de San Francisco y dispuso muy encarecidamente se amortajase su cadáver con un hábito franciscano.

Cervantes dió su alma á Dios el mismo día en que bajó al sepulcro Guillermo Shaskepeare, el gran dramaturgo inglés. Su muerte fué la que convenía á un hombre de su piedad y de sus méritos. Tuvo el consuelo de recibir los Santos Sacramentos de la Penitencia, Eucaristía y Extremaunción en perfecto estado intelectual, que Dios no privó de nada en hora tan solemne á su fidelísimo siervo, que tanto lo había servido en vida con el entendimiento y con el corazón y confesado con la palabra y con las obras. Rodearon su lecho mortuorio su esposa, su hija, su yerno Luis de Molina y sus amigos y todos quedaron edificados con el fervor del agonizante y fortalecidos con sus palabras.

En cuanto á su caridad, fué inagotable desde sus primeros años, ensálzala á cada instante y adornaba con ella á sus héroes y personajes

más queridos. Durante su cautiverio, cuando nada tuvo, favoreció con su trabajo y con el menguado alimento, por el avaro dueño proporcionado, á sus compañeros de infortunio.

La Iglesia y el clero le merecieron siempre un gran amor y respeto; los trata en todo caso con profundísimo cariño y consideración y si en una sola ocasión pinta un sacerdote poco merecedor de estima, lo hace únicamente para castigarlo y enaltecer á los buenos. Fuera de este caso singularísimo, preséntalos siempre como dechados de discreción, varones sabios y exentos de vicios, aunque no de humanas no censurables flaquezas. No obstante, su amor se descubre por los frailes, especialmente por los trinitarios, á los que tanto debía, y por los franciscanos, defensores denodados de su dogma querido, la Inmaculada Concepción de la Madre de Dios.

Su obediencia á la autoridad infalible de la Iglesia queda demostrada con la lectura de sus obras y con el hecho de no dar ninguna

de ellas á la estampa sin la previa revisión eclesiástica.

En cuestiones morales era tan rígido que si presenta una falta contra la honestidad, lo hace en forma tan discreta y tan hábil manera, que, sin provocar disipados pensamientos mueve á risa por el ridículo en que quedan los delincuentes.

Se ha hablado mucho de su libertad de lenguaje; pero, aparte de que la misma tacha pudiera ponerse á la mayor parte de los escritores del siglo de oro, con especialidad los moralistas, es uso de cada época emplear palabras con que significar determinados conceptos con corrección y sin escándalo; luego, estas palabras se hacen del dominio popular; conviértense en el acto en picantes y, más tarde, en bajas y groseras, viéndose las personas correctas y mesuradas en la necesidad de proscribirlas y sustituirlas por otras. Esta es la razón de parecernos escandalosas palabras en tiempo de Cervantes admitidas sin escrúpulo, de igual modo que en el siglo XXII se tendrán por incultos vocablos estima-

dos en el día por correctísimos y mesurados.

Nuestro escritor, además, asegura en el prólogo de las *Novelas ejemplares*, que se cortaría la mano derecha antes de escribir algo que pudiese producir escándalo.

La pobreza de Cervantes

La caballerosidad del pueblo español lo llevó siempre á un digno desprecio á la riqueza. Aquí fueron siempre muy contados los hombres que estimaron á los otros por sus riquezas: el apellido, el talento, el valor, las condiciones personales ó de familia significaron mucho para la estimación pública; el capital, muy poco. Se ha necesitado extrangerizarse, perder mucho del carácter nacional, rebajarse moralmente, para que el caudal ó las ganancias sirvan de certificados de buena conducta. Por esa razón, la fantasía popular gustó en todo tiempo de rodear á sus favoritos, héroes ó santos, sabios ó artistas, de la aureola de los sufrimientos económicos. Con-

sidérase que la gloria de un hombre superior pierde mucho suponiéndolo rodeado de comodidades y disfrutando bienes de fortuna.

Era, pues, imposible que Cervantes constituyera una excepción de regla tan general: su cautiverio, su prisión y proceso, sus mismas muestras de gratitud á amigos y protectores generosos sirvieron de base para formar la leyenda de la miseria de Cervantes. Sólo en el día, cuando se ha querido hacer de esa hipótesis un arma que esgrimir contra la época de nuestras grandezas, se ha pensado en restablecer la verdad con el auxilio de documentos irrefutables.

Es cierto que durante algún tiempo Miguel de Cervantes vivió en la pobreza rayana en la miseria; mas sin tocar en ésta y, mucho menos, en la indigencia. El mismo nos dice que sus comedias fueron aplaudidas. Sabemos que disfrutó como agente de alcabalas dietas oscilantes entre los diez y doce reales diarios, sumas que reducidas á nuestra moneda actual equivalen á veinte ó veinticinco pesetas diarias. Por *la Galatea* y las *Novelas Ejemplares*

percibió precio muy decoroso y subido. La primera parte del *Quijote* le produjo tanto, que escitó la envidia de muchos y determinó la imitación de Avellaneda, y la segunda parte obtuvo sceito aun mayor. Los *Trabajos de Persiles* fueron aceptados desde el primer instante como convenía á la fama y méritos probados de su autor.

Por otra parte, Lope de Vega, Ruiz de Alarcón, Mirademezcuo, Pérez de Montalbán y otros ingenios contemporáneos y amigos suyos, salidos de la pobreza, mejoraron su situación y obtuvieron honores, dignidades y lucrativos empleos ¿Por qué, pues, seguir empeñados en presentar á Cervantes en la miseria?

Además, son hechos probados sus larguezas y liberalidad. Dotó expléndidamente á su hija Isabel al casarse con Luis de Molina, dándole entre dinero y alhajas cantidad en la actualidad equivalente á 15000 duros. En obras de caridad y devoción gastó también sumas considerables: instituyó con otros la Cofradía del Santísimo Sacramento y por sí solo levan-

tó y fundó la Iglesia y convento de las Trinitarias Descalzas, que aun viven, después de tres siglos y de las mermas de la desamortización, del producto de las rentas por él constituidas á dicho fin, y aun le quedó para vivir, dejar herencia no mezquina y otorgar legados y donaciones *mortis causa.*

Es por lo tanto ilógico suponer que Cervantes, como dice Serra, buscando un efecto teatral, no cenase la noche en que concluyó el *Quijote.* Si así sucedió, reconocería por causa que su autor hubiese adoptado, por comodidad é higiene, la costumbre andaluza de almorzar y comer en vez de la castellana de comer y cenar, ó perdería el apetito con la emoción de ver terminada felizmente su regia empresa ó lo impediría cualquier achaque de salud; que no otra causa puede imaginarse, pues, aun en el caso de salir aquella noche mal condimentada la cena ó volcar las vasijas alguna travesura de la pequeña Isabel, no hubiese faltado á Cervantes criado ni dinero para mercar nuevas viandas. Y, si por accidente le faltaba en el acto, bien cerca estaban las

casas de Lope y de Quevedo, donde podía trasladarse con su familia, sin que ni los piececitos de Isabel se resintiesen, y demandar improvisado convite, en menos tiempo que necesitaba Sancho para endilgar uno de sus marrulleros refranes.

Los maestros

No es costumbre citar entre los maestros de Cervantes á otro que al clérigo D. Juan López de Hoyo, que le enseñó humanidades; pero hay otros, si bien mediatos, que influyeron por modo considerable en el entendimiento del autor de *La Galatea.*

Merece ser consignado en primer lugar el judío neo-platónico Judas Avarbánel ó Abravánel, vulgarmente conocido en el mundo literario por el pseudónimo de *León Hebreo*, con el que Cervantes lo cita con fruición y respeto en el prólogo del *Quijote.* Este insigne escritor israelita, prez y honor de su raza, profundísimo filósofo é insigne literato, escribió en toscano tres *Diálogos sobre el amor*

en los que, con mosaica ortodoxia y bajo la magia de estilo inimitable, consiguió condenzada la sublime doctrina amorosa de Platón, Plotino, San Dionisio Areopagita, San Clemente de Alejandría y los petrarquistas, reducida á la unidad por su poderosa fuerza intelectual y el fuego de su maravilloso verbo.

De aquel libro inmortal sacó Cervantes lo más principal de su sistema estético, vertido en admirables frases en *la Galatea* y aplicado con rigor en la génesis y proceso de todas sus obras. Existían ya tres traducciones castellanas, una de ellas, la del inca Garcilasso de la Vega (distinto, señores modernistas y cervantistas de última hora, del ilustre padre de la lírica española), corría autorizada por *El Indice.* Sin duda la conoció nuestro autor; pero leyó y releyó con seguridad el original toscano, según se desprende de su propia aseveración.

Es inútil decir que Cervantes volvió á filtrar la doctrina neoplatónica por el espeso tamiz de su acendrado catolicismo, elevando y agrandando los conceptos del maestro; que

este genio sin par no nació para segundo ni lugarteniente de otro.

Debe ser también consignado en este lugar el nombre del italiano Baltasar Castiglione, autor de *El Cortesano*, libro insigne en el que se legisla, sin dar derecho á veto ni lugar á revisión, sobre las relaciones amorosas, el culto á las damas, la caballerosidad y la cortesanía. En el espíritu sutil y pundonoroso de Cervantes debió influir poderosamente esta obra de la cual es indudable conoció el original italiano y la maravillosa traducción castellana de Juan Boscán.

Como Dante Alighieri estudió á Alberto Magno, Santo Tomás y los escolásticos, Cervantes bebió con ansia en Ararbánel, Castiglione y los neoplatónicos, sin olvidar á Petrarca y sus discípulos.

Tampoco es difícil descubrir en las obras cervantinas las huellas de los dos grandes maestros franciscanos, San Buenaventura y Juan Duns Escoto, que consultaría mucho por ser denodado defensor de la Inmaculada. Los grandes místicos españoles le pres-

taron también su fuego é iluminaron su alma.

Mucho más lato debiera ser en el presente punto; pero este prólogo se prolonga ya y aun he de prolongarlo, si he decir, algo siquiera sea de pasada, de todos los puntos que me propongo tratar.

Cervantes y su tiempo

Fué el *siglo de oro* de nuestra literatura la época máxima de nuestra grandeza y el período de apogeo de nuestro poderío y heguemonía en el mundo. Otorgado por Dios á este su pueblo elegido como recompensa á sus tristezas y amarguras pretéritas y á sus hazañosos hechos y épicas luchas de ocho centurias contra los fanáticos hijos del Islam, fué el *siglo de oro* no sólo el más largo y fecundo en portentosas obras de cuantos conocieron los otros pueblos, si no que convirtió á España en un plantel glorioso de santos, héroes, sabios, literatos y artistas. El pueblo mismo parecía componerse de teólogos y caballeros; que el

popular llenaba el *Corral de la Pacheca* y demás *corrales* de la Corte, ciudades y villas y el popular era quien aplaudía y se extasiaba con las recónditas sublimidades de los autos *sacramentales* y los delicados encantos de las comedias y los altos hechos ó caballerescas galanterías en ellas reproducidos.

Fueron aquellos tiempos de piedad, patriotismo y caballerosidad generales, tan lejos de la hipocresía, egoismo y licencia con que pretenden pintarlos sus detractores, como lejos se encuentran éstos de la buena fe y cerca de la ignorancia.

No podía Cervantes, alma grande y generosa, clarividente y apasionado, dejar de ser sin empequeñecerse, hijo legítimo de su siglo. Así, respirando aquel hambiente bienhechor y dejándose llevar de su propio natural impulso fué lo que fué: de aquí, su ortodoxia, su piedad, su respeto á la autoridad de la Iglesia, su amor á la patria y al trono, su respeto y culto á las damas, su generosidad y su grandeza. Por eso, el tributo de hoy muestra, pese á sus iniciadores, la añoranza

por el ayer perdido y la repugnancia á cuanto se le opone.

Gemía el mundo bajo la opresión de las guerras religiosas, por la heregía luterana producidas, paganizábase á todo correr el arte y agotábase la vida intelectual en medio de estériles disputas y luchas sin cuento. En medio del universal desconcierto, el Pontificado iluminaba el mundo; pero la Europa ciega ni percibía con claridad el foco de donde procedía la verdadera luz ni escuchaba la voz paternal del Vicario de Cristo. Sólo España, el pueblo elegido por Dios para la defensa de su causa en el ciclo cristiano permanecía fiel y obediente.

Donde quiera que la heregía protestante establecía un foco de infección, allí volaban los misioneros católicos á combatirlo y desvanecer las tinieblas; donde quiera que la autoridad de Roma era desconocida ó la unidad católica negada, allí marchaban los invencibles tercios hispanos á restablecer la autoridad, á defender la causa de Cristo ó á libertar á los oprimidos. Y como el pueblo

participaba de los mismos amores, ideales y aspiraciones que sus excelsos Reyes, resultó que nuestros mayores, en poquísimo tiempo para gloria de sus nombres y de la patria, blanquearon con sus huesos y regaron con su sangre generosa todos los campos de batalla de Europa, guerreando entusiastas sin cesar en pró de la santa intransigencia religiosa.

Tan noble conducta atrajo las bendiciones celestiales y España fué la cabeza de la civilización como el proto-estandarte del verdadero progreso, y así como nuestros soldados impusieron al mundo el tributo de admiración por sus victorias reclamado, nuestros sabios y artistas fueron los primeros del orbe. Un español, Fox Morcillo, fué el autor de la fórmula de concordia entre platónicos y aristotélicos, con que se encausó el Renacimiento, y Juan Luis Vives, quizás el único español protestante, fué el único sabio con quien contó la Reforma, como observa con su indiscutible autoridad el Sr. Menéndez Pelayo.

Otra consecuencia natural de esta fe inquebrantable fué á no dudarlo que el Renacimiento completamente pagano en Italia, frívolo en Francia, sedicioso en Inglaterra y disputador en Alemania, vistiese en España el hábito cristiano y se convirtiese en denodado paladín de la Religión, y que el Protestantismo llegase á las fronteras y retrocediese espantado ante la luz de la fe, desistiendo de entenebrecernos con las densas tinieblas del libre examen.

En estas luchas espirituales y físicas se formó Cervantes, el más grande y más cristiano de los literatos renacientes. Los enemigos de la Iglesia, hasta los desdichados nacidos en este suelo, fueron y son enemigos de la grandeza hispana y de nuestra época de poderío, y los enemigos de Dios y de España fueron y son por fuerza detractores del Príncipe de los ingenios, del genio poderoso á quien estaba reservada la magna obra de convertir la épica en novela; que los condenados aborrecen á los escogidos y los pequeños de corazón mezquino no pueden sufrir la gloria de

los grandes, ni los ciegos ver la luz, ni las alimañas tomar parte en el concierto harmonioso de los trinos de los pajarillos: sólo á los mayores le es dado votar en el sufragio universal de la tradición.

Escuela literaria

Es uno de los puntos más controvertidos la determinación de la escuela literaria en que militó el autor del Quijote: sus méritos y excelencias son tales que todos pretenden contarlo entre los suyos, precisamente porque el genio no puede encerrar su actividad en los estrechos moldes académicos, empresa tan fácil y sencilla para los escritores mediocres como admirable á los ojos de los semiiniciados en materia literaria.

Los clasicistas, los románticos y los humoristas se lo disputan como suyo y todos alegan ó pretenden alegar razones de gran peso, y lo mismo ocurre con los naturalistas y los partidarios de las tesis, los defensores de la misión

moralizadora del arte y los partidarios del arte prescindente y los simbolistas.

Afirman unos que Cervantes figuró entre los más entusiastas admiradores de la antigüedad clásica de Grecia y Roma, enamorado de aquella perfecta hermosura externa por los paganos conseguida, y que se contó, por tanto, en el número de los más decididos renacientes. Lo escultural de sus períodos, la fruición con que describe las bellezas naturales, el modo prodigioso como esculpe, mejor que dibuja, sus figuras, sus citas de autores de la antigüedad clásica, el haber tomado de Terencio el argumento para la preciosa novela *La fuerza de la sangre* y el afecto con que escribió una novela pastoril, *La Galatea*, son otros tantos hechos presentados por los clasicistas para justificar su aserto.

Por el contrario, los románticos no dejan de aducir razones suficientes á evitarse tengan por infirmadas sus aseveraciones. Fíjanse éstos en el espíritu que anima todas las producciones cervantistas, en el poético claro-obscuro en que suele envolver á sus personajes y á

la acción misma, en lo noble y elevado de los pensamientos, en los ideales de los personajes, aun de aquellos distantes de los protagonistas, en los respetos á la mujer guardados, en su afinidad psicológica con los grandes maestros de los tiempos medio-evales.

Tampoco faltan á los humoristas pretestos fundados para colocar á Cervantes entre los precursores de su escuela: el contraste en que gusta colocar los ideales con las impurezas de la realidad, la maravillosa habilidad con que une lo sublime á lo ridículo, la admiración á la risa, las lágrimas á la alegría juguetona, la placidez á lo terrorífico, tómanse como pruebas irrefutables de humorismo singularísimo.

Los idealistas miran á Cervantes como honra y prez de su escuela y no de un modo gratuito por completo, pues todas las obras del eximio escritor respiran idealidad sublime, sin excluir las más reales y por muchos tenidas como naturalistas. También los partidarios de la escuela realista reclaman con algún derecho el nombre del eximio hijo de Alcalá porque en sus páginas inmortales se ve re-

tratado el mundo de la materia y el mundo del espíritu con extremada verdad, profundo estudio y brillante rico colorido.

Obras tiene Cervantes en las que un adocenado de espíritu frívolo é inculto puede no ver tendencia docente moralizadora; pues en las más es tan clara y patente, que es preciso excluir del concurso de los reclamantes á los partidarios de la doctrina del arte por el arte.

Los simbolistas escudriñando las inmortales creaciones del heroico manco de Lepanto, y singularmente el *Quijote*, preséntanse en la palestra armados hasta los dientes apedillando guerra contra cuantos nieguen al autor la cualidad de simbolista. En realidad, no hay obra literaria de acción, dramática ó épica, que no sea algo simbólica y en especial las que persiguen una tesis; pero de ésto á considerar á cualquier autor simbolista al modo de Dante y menos al de Ibsen hay gran diferencia.

Es pues más que difícil resolver el intrincado problema de decidir la escuela literaria á que perteneció el insigne *Príncipe de los*

ingenios. Necesítase para ello mayor autoridad que la mía; mas como yo, sin que por ello me tenga por audaz ni osado, lo he resuelto para mí, paréceme un deber comunicar á los lectores mi pensamiento, que pido tengan todos como una opinión reformable y contravertible, de ningún modo como creencia á todo trance sostenida.

Tengo para mí, que el Rey de la novela es ante todo romántico, no en el sentido en que suelen usarlo los que llaman románticas á las melenudas producciones del pseudo romanticismo francés, tan falso y ficticio como lo fué el pseudo clasicismo de los grandes escritores de la nación hermana en el siglo XVIII, si no en la acepción legítima, como opuesta á renaciente, como acusadora de tradicionalismo de los siglos medios, en el mismo sentido en que se habla siempre del teatro español y del teatro inglés y de los poetas del Scalda y de la Islandia, de la literatura medioeval alemana y del ciclo caballeresco de la épica francesa.

Para realizar sus románticas concepciones

y conseguir el triunfo de sus moralizadoras tendencias y suprasensibles ideales católicos, Cervantes puso á contribución sus portentosas dotes y su copioso caudal literario, lo mismo que la naturaleza y el arte, sin deshechar él los símbolos ni el humor, cosa en él secundaria, aunque en todo el curso de su mejor obra sostenido, y lo revistió todo con el espléndido ropage clásico por el Renacimiento, proporcionado, no de otra suerte que lo ornó con las joyas del estilo y perfumó con el delicado aroma neoplatónico.

El dramaturgo

Durante algún tiempo fué el teatro el género predilecto de Miguel de Cervantes Saavedra. Testigo del abundante fruto espiritual y no escasas ventajas temporales de las inmortales creaciones del *Fénix de los ingenios* y *Monstruo de la naturaleza*, como él lo llama, y de las delirantes ovaciones por la cultísima muchedumbre tributadas al autor ilustre en el *Corral de la Pacheca*, sintióse movido,

no de envidia, mas sí de santa emulación, escribió comedias y fué á pedir protección al mismo Lope de Vega, suplicándole le permitiese darlas á la escena con su nombre, con el fin de asegurar el éxito, favor que el poeta cortesano había otorgado ya á D. Juan Ruiz de Alarcón y á otros más.

De este modo, se representaron varias, entre ellas *La Numancia* y *los Tratos de Argel* y no pocos entremeses, con éxito extraordinario y provecho para su autor. De estas comedias, no todas bien determinadas, corren aun algunas con el nombre del generoso Inquisidor por ligereza bien escusable de colectores y editores.

En ellas sigue los pasos de Lope de Vega rompiendo las inútiles é ilógicas unidades de lugar y tiempo, sólo sostenidas por los mediocres ingenios del galoclasicismo y sus desdichados imitadores de esta parte de los Pirineos, y es uno de los representantes de la fusión de los elementos popular y artístico en el teatro.

Si sus obras dramáticas son poco elogiadas

no se debe ciertamente á falta de méritos en ellas, como tampoco carecen de bellezas innegables las novelas de Lope, sino que así como en éste, el dramaturgo obscureció al novelista, en Cervantes, el novelista esfuma la figura del dramaturgo.

Nadie podrá negar la fuerza dramática, la vis cómica, el delicado aticismo, lo bien urdido de la trama, las galanuras de lenguaje, la naturalidad del diálogo y el interés de la acción. Si imitó á Lope, Corneille y Moliere debieron toda su fama á traducir y *desarreglar* á Guillén de Castro y Ruiz de Alarcón en *El Cid* y *El Mentiroso* y además empequeñecieron los originales, sugetándolos á las pedantescas y antiartísticas unidades de lugar y tiempo. Cervantes imitó el modo de hacer de una escuela, la que llevó y lleva la primacía; pero fué completamente original en sus argumentos y desarrollo.

El lírico

Con muchísima frecuencia se dice que Cervantes no era poeta; que versificaba mal; nada más reñido con la verdad: Cervantes fué poeta siempre y en todo momento, por exigencia propia de su naturaleza y consecuencia legítima de sus ideas. Sus pensamientos y afecciones se desbordan á cada instante en torrentes caudalosos de inspirados lirismos. La hermosura de una mujer, el despeñar de las aguas de una cascada, el recuerdo del canto de un pajarillo, una palabra de amor son más que suficientes motivos para conmover su alma y para que la diosa de la harmonía mueva sus labios. Todas sus obras son poéticas y frecuentísimos en ellas los trozos líricos.

Sus versos son fáciles, sonoros, harmoniosos; usa en ellos con gran acierto de la medida, el consonante, el asonante, la cesura, el acento, la cadencia y el ritmo. Es cierto que

carece de la sencilla sublimidad de Fray Luis de León, La Torre y Figueroa; de la altisonancia egregia de Herrera; de la majestuosa solemnidad de Rioja, Caro y Andrade, de la profundidad filosófica de Quevedo y Dante; del fuego y suavidad del gran Garci-Lasso; es cierto, también que á veces es desaliñado como Lope; pero en cambio no cayó en el prosaismo de éste ni en el conceptismo de Ledesma y Quevedo, ni menos en el intrincado culteranismo de Góngora y Marini. ¿En qué lo aventajaron poetas tan excelsos como Jánregui, los Argensolas, Bosard, Tasso y Camoens?.

Su misma prosa, tan admirablemente poética, está escrita en ocasiones con tanta expontaneidad que se descubren multitud de preciosos versos octosílabos en ella y con pocas variantes podrían obtenerse una oda ó un romance.

Sus endecasílabos, sonetos y silvas son irreprochables.

¿Cómo negar á Cervantes la cualidad de poeta y conceder la categoría de versos á las

pobres y desmayadas prosas rimadas de los Moratín, Samaniego é Iriarte?

El tomo de poesías publicado por López de Hoyo, las contenidas en *La Galatea* y las numerosas que corren firmadas con el pseudónimo de *Un devoto del Santísimo Sacramento* demuestran estos acertos.

El novelista

Pero el verdadero timbre de gloria, aquel por nadie disputado, lo encontró en la novela, por él transformada y definitivamente constituida. En las suyas se encuentran como en germen todas las tendencias con posterioridad nacidas: muchos de los que pasan por fundadores de escuelas en España y el extranjero no han hecho más que estudiar á Cervantes desde un punto exclusivo de vista, exagerar ciertos rasgos, con frecuencia hasta imitarlo en sus defectos; que Cervantes fué hombre y como tal falible y sujeto á error, y sus obras defectuosas, aunque las llamemos

perfectas comparadas con las de los más célebres maestros.

Era la novela de origen popular, como su promogenitor el poema, erudito de mucho tiempo atrás: la obra de Cervantes, como la de Lope en el teatro, fué unir, concordar y harmonizar las dos tendencias. Tomó cuanto le convino de los didácticos, de los sentimentalistas, de los cuentos nacionales y exóticos, sin menospreciar los orientales: de todos lo mejor y más pertinente á sus fines. Así, pudo afirmar con razón en el prólogo de sus inimitables *Novelas ejemplares*, que era el primero en novelar en lengua castellana.

El Quijote le da la primacía entre los más insignes escritores; pero aunque no hubiese producido esa magna creación, nadie podría disputarle el título de padre de la novela.

Los tiempos exigían una radical metamórfosis de la epopeya, cuyo período de producción había terminado con un nuevo orden de cosas y nuevas condiciones de la vida social. Los poetas eruditos pugnaban por galvanizar el cadáver; pero los pueblos dában-

la por muerta y enterrada y si se producían aún obras como *La Divina Comedia*, *La Jerusalén Libertada*, *El Orlando furioso*, *La Cristiada*, *El Bernardo*, *As Lusiadas*, los rapsodas que formaron la *Iliada*, *Los Nivelungos*, los poemas del *ciclo carlovingio* y el *Mio Cid* no se producían ya en la edad moderna. Los poetas virgilianos serán siempre el encanto de los doctos; pero á los corazones populares no dicen nada. Hasta del romance se habían apoderado los eruditos haciéndolo artístico. Era preciso transformar la épica y Cervantes subvino á esta necesidad creando la novela; que es la epopeya de los modernos.

La Galatea

Es *La Galatea* una verdadera autobiografía del autor en cuanto se refiere á sus relaciones amorosas con su esposa D.ª Catalina de Salazar. Ya nos advierte en el prólogo, que sus pastores no los son más que en el traje, y en efecto, la forma de la novela pastoril, dada á la fábula, no incluye la pintura

de la vida, costumbres y modo de ser de los pastores más que en muy imperfecto modo. Se habla de ganados, de cabañas, de otras mil cosas análogas; pero todo eso no le sirve más que para describir maravillosamente las bellezas de la naturaleza idealizándolas como ideal es todo en la obra. Destinábase á ocupar un lugar en el cestito de labor de las damas y servirles de ameno honesto solaz y esparcimiento y la vida de los labriegos, las costumbres de los villanos, la expresión exacta de los afectos de aldea les hubiese sido enojoso. Idealizólo todo, y sus pastores son caballeros de corte; sus pastoras, damas; las fiestas campestres, tertulias de salón al aire libre; sus reuniones improvisadas, cortes de amor; D.ª Catalina de Salazar es *Galatea;* el mismo Cervantes, *Licio;* los otros personajes, amigos íntimos del escritor ó amigas de su amada.

Es, pues, este libro el menos realista de cuantos salieron de la pluma de Cervantes: hasta el hecho de haberlo elegido para exponer en forma agradable su doctrina filosófica acerca del amor, lo demuestra: todos aquellos

rústicos hablan y obran con sujeción á las reglas dadas por Castiglione en *El Cortesano* y van exponiendo el sistema neoplatónico de León Hebreo.

No podía pedirse otra cosa á su inmortal autor, pues realizó lo que se propuso cumplidamente. No de otra suerte se entendía la novela pastoril y el espíritu sutil y delicado de la época hubiese rechazado otra cosa.

Las Novelas Ejemplares

La colección de doce novelitas cortas que su autor llamó *ejemplares* por su depurada moral, merecen también la denominación recibida por ser verdaderos excelentes modelos del género novelesco en sus diversas tendencias y subgéneros. Todas son un dechado de estilo, verdaderas filigranas del lenguage, abarcando desde la fábula romántica y fantástica hasta la realista y picaresca, sin las exageraciones que pudiesen hacerlas peligrosas en manos de las damas. *La Gitanilla* es una preciosa novela completamente romántica en

el sentido nacional de la palabra, con acción interesante, exactas y atractivas descripciones, peripecias y cuanto en una novela corta se puede exigir y desear. *Las Dos Doncellas* constituye una novela de aventuras, muy del gusto de la época y que ha perdurado y perdurará á pesar de la tranformación de los gustos y aficiones. *La Española Inglesa, La Sra. Cornelia* y *La Iltre. Fregona* tienen el mismo carácter romántico y de aventuras, la misma exquisita delicadeza y primores de estilo.

La Fuerza de la sangre, cuyo argumento está tomado de una comedia de Terencio constituye otra joya literaria y otro triunfo indiscutible del autor. Lo fundamental es indudablemente del célebre latino; pero transformado y mejorado de manera tal, que la nota dramática se sublima al convertirse en romántica y que el mismo modelo se declararía vencido.

Como cuentos y no como novelas deben ser tenidos *El Amante liberal, El Licenciado Vidriera*, y *El Celoso Extremeño*, que guardan íntima conexión con *El Curioso Impertinen-*

te, insertado en el *Quijote*. En *el Amante liberal* presenta un modelo de la novela sentimental; es humorista en *El Licenciado Vidriera*, y demuestra una gracia irreprochable en *El Celoso Extremeño*, sin que lo escabroso del asunto le haga perder jamás de vista sus moralizadores propósitos.

Al género realista, limado de sus asperezas naturales y con la maestría, por él siempre demostrada, pertenece *El Casamiento Engañoso*. Fantástico, tendencioso y realista á la vez es *El Coloquio de los Perros*.

Mas esta nota realista donde la extremó fué en *Rinconete* y *Cortadillo*, ejemplar inimitable de novela picaresca, la mejor conocida y más elogiada, aunque no la mejor de la colección.

Los editores han solido adicionar *La Tía Fingida*, novelita escabrosa y realista, inferior á las otras en las galas de dicción y desarrollo del argumento, que Cervantes no incluyó en las *Ejemplares* y que yo me inclino á considerar como apócrifa, sin negar esto bien imitado el estilo cervantino: mejor aún

lo imitó el autor de *El Buscapié* y nadie ignora se escribió después de trascurridas dos centurias de la muerte del padre de la novela.

Persiles

Los trabajos de Persiles y *Segismunda*, la última obra de Cervantes, por éste estimada más que otra alguna, es inferior á las *Novelas Ejemplares*, aunque sean de admirar las gallardías del estilo y la fuerza de imaginación. Es un tejido de aventuras dramáticas, cuya unidad se mantiene tan sólo por las personas de los protagonistas. Escenas dramáticas, rasgos sentimentales, cuadros de vivo colorido, empleo de lo maravilloso, sentencias sabias, aventuras entretenidas, fantásticas descripciones de países soñados, encantadoras pinturas de la naturaleza componen una trama complicadísima, en la cual, como cretense laberinto, se perdería el lector, si el autor mismo no lo llevase de la mano.

El Quijote

Es *La Historia del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, no sólo la mejor obra de Cervantes si no el más sazonado fruto del entendimiento humano. Su aparición produjo impresión profundísima, marca el tránsito de la epopeya á la novela, enterró para siempre los libros de caballería y señaló el camino ó mejor los diversos caminos que sus continuadores podían seguir. ¡Libro admirable es ese en el que siempre se encuentra algo nuevo y en el que todos los siglos y países se encuentran retratados!

Presenta el inmortal autor en ese eximio libro dos figuras principales que son las personificaciones de las dos fundamentales tendencias de la humanidad. D. Quijote es el hombre del ideal, que al ideal lo sacrifica todo, loco sublime que recorre el mundo con peligro de su vida para socorrer á los necesitados y favorecer á los oprimidos. La realidad con sus

impurezas le da tremendas lecciones, quedando á cada paso magullado y maltrecho; ni desgracias ni consejos pueden desviarlo de su camino. Está dominado por el espíritu de sacrificio, que distingue á los héroes, y sólo oye la voz del generoso ideal: el ejemplo de los caballeros andantes lo atrae y subyuga. Hasta para poder amar tiene que idealizar á la mujer amada.

Sancho es el hombre práctico, positivista y calculador: sólo el interés lo mueve y por el interés se sacrifica: toda ocasión, próspera ó adversa, le parece excelente para pedir algo. No obstante su rusticidad y grosería, Sancho no es vicioso, traidor ni voluble: encadenado por un compromiso sigue á su señor á regañadientes y esperanzado con su ínsula; pero no lo abandona.

Y estos dos tipos opuestos, en la fábula como en la vida real, caminan juntos, soportando D. Quijote las groserías de su escudero; compartiendo Sancho, á pesar de sus impaciencias de villano codicioso las desdichas de su señor; pero, en la fábula como en la vida

real, el hombre práctico é ingenioso permanece al servicio del hombre del ideal y, en lo imaginado como en lo real, tan sólo por su intercesión le es dable adquirir positivas materiales ventajas.

¡Y este libro sin par, obra de un hombre antítesis perfecta de cuanto hoy se llama progreso é ideales modernos; este libro maravilloso, fruto sazonado del siglo de los Quijotes, es ensalzado sin medida en la rebajada época de los Sanchos! ¡Singular contraste que acaso revele el tedio al presente momento histórico y la añoranza por el ayer perdido! ¡Fenómeno elocuente que acaso indique el principio de la ansiada regeneración!

Ha sucedido con el *Quijote* lo mismo que con la *Iliada*, la *Eneida*, y la *Divina Comedia*. Bebiendo en él con hidrópicas ansias se ha buscado más y se le ha supuesto un sentido oculto. Mucho se ha discutido acerca de cual sea éste. Unos han supuesto que se trataba de fustigar las gloriosas empresas del Emperador, como si Cervantes no hubiese sido voluntario en Lepanto, Flandes, Italia y Africa; otros sos

pechan cosas tan absurdas como la apuntada y todos de un modo ligero y gratuito. Cervantes se propuso crear un género nuevo que sustituyese á la muerta epopeya, desterrar los libros de caballería y marcar á la humanidad los peligros del ideal exagerado y las torpezas del interés grosero; ésto y nada más.

Los refranes de Sancho

También los refranes de Sancho, han dado ocasión á no pocos dislates, no faltando quien sostenga son reglas de conducta tomadas del saber popular y presentadas por el ilustre escritor como ejemplos de buen sentido. Nada más falso. Los que así se expresan desconocen las doctrinas morales, en las mismas obras de Cervantes contenidas, ó desprendidas de ellas, y no advierten la oposición que existe entre ellos y los pocos puestos en boca de D. Quijote, ese loco sublime por cuyos labios habla la discreción misma.

El autor del libro inmortal reune en los refranes de Sancho cuanto de grosero y re-

prensible encuentra en las máximas vulgares, si bien huyendo de lo inmoral y repugnante. Para deducir lo que un autor opina es preciso estudiar sus obras en conjunto y en detalle y examinar su vida, sus aficiones, los libros por él preferidos y los amigos de su trato.

Y nada de esto en Cervantes autoriza á afirmar cosa distinta de la que acabo de indicar. Otra cosa es aseverar, dejando infirmadas las aseveraciones.

El Quijote de Avellaneda

El éxito inusitado que alcanzó la primera parte del *Ingenioso Hidalgo* y la gloria y productos conseguidos en el acto por su autor arrastraron á otro escritor de talla, cuyo verdadero nombre, no obstante las sagaces y minuciosas investigaciones de la crítica, permanece ignorado, á dar á luz una segunda parte bajo el pseudónimo de *Alonso Fernández de Avellaneda.* Continuar es más difícil que componer y el Quijote no se estudia en poco tiempo. Así es, que el supuesto *Avellane-*

da fracasó en su empresa, á pesar de sus méritos indiscutibles. Su *D. Quijote* es un loco furioso que mueve á lástima; pero no á admiración como el de Cervantes; carece de ideales, y no pasa de ser un majadero monomaniaco y peligroso. Su Sancho es un rústico interesado y sin ingenio.

No quiere ésto decir que la obra de *Avellaneda* sea despreciable; lejos de ello, reune verdaderas bellezas, que sólo pueden desmerecer comparándola con la imperecedera creación cervantina. Hay, en suma, entre ambas las diferencias que existen entre lo simplemente bello y lo sublime.

Cervantes y las instituciones

De las aventuras y palabras de D. Quijote se ha querido deducir que Cervantes profesaba ideas análogas á las que en el día reciben el nombre de avanzadas. Lejos de eso, el catolicismo y la piedad del creador de la novela están fuera de duda; de la autoridad infalible de la Iglesia se muestra siempre fiel y

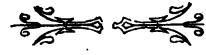
exacto observante y jamás dió nada á la escena ó á la imprenta sin pasar antes por la previa censura.

Su amor á la Monarquía es bien notorio y la locura de D. Quijote estriba precisamente en creer que bajo el poder de la constituida Monarquía absoluta era necesario lo que las costumbres feudales reclamaron como protesta de los abusos de los que ejercían el poder.

De todas las instituciones de su época sólo una le merece censuras, la Santa Hermandad, y no por ella misma, que nada directo dice contra la antecesora de la Guardia Civil, sino por los abusos de los cuadrilleros. Después de todo, no fué nunca fundamental en España, no ya á la manera de la Monarquía, de las Cortes y de los municipios, si no que ni aun siquiera como la Inquisición, que llegó á compenetrarse bien pronto con el espíritu nacional.

Querer bacer de Cervantes un político á la moderna y de los que por progresistas se tienen, es no sólo una inexactitud con aspecto

de calumnia, si que también una falta de respeto al nombre venerable del heróico soldado de Lepanto.



EXPOSICION

de las

IDEAS ESTETICAS

Donde ni la observación ni la Metafísica llegan, llegará la poesía, que también es una metafísica á su modo.— *Menéndez Pelayo.* «Historia de las ideas estéticas en España», tomo II.

§ I

Importancia de este estudio estético sobre Cervantes

No fué Cervantes autor de ninguna obra especial de Estética ó Caleología y no puede formarse, por lo tanto, de las ideas que en sus obras, especialmente en *La Galatea*, se ven esparcidas, un conjunto científico que pueda denominarse con justicia un sistema.

Sólo la importancia del inmortal autor del *Ingenioso Hidalgo* como escritor y el íntimo é indudable enlace que existe entre los principios estéticos profesados por un artista y sus obras, dan interés á estas afirmaciones, que no demostraciones, que de materias caleológicas, casi siempre filográficas, lanza con más ó menos prodigalidad en el curso de sus sublimes creaciones literarias.

No hay tampoco que buscar en Miguel de Cervantes Saavedra conceptos nuevos que marquen una variación, por leve que se pudiera imaginar, en la historia de la ciencia. Lejos de esto, hemos de considerar al príncipe de nuestros escritores como un fiel intérprete de las ideas dominantes en su época, si bien dándoles ese sello peculiar y propio que el genio imprime en todo lo que toca. Una fértil campiña, las rizadas olas del mar, el dulce susurrar de las aguas de un río que mansamente se desliza á través de un valle encantador, la puesta del sol, un cielo de azul purísimo, intenso y esplendoroso, se ofrecen del mismo modo á todos los espectadores; ¿pero

produce en todos ellos los mismos é idénticos efectos? ¿podrían todos alabarlos y ni aun siquiera describirlos de igual manera, el sabio como el rústico, el pensador como el no avezado á trabajos intelectuales, el hombre como la mujer, el anciano como el niño, el que ha llegado á la edad madura como el joven, el de instintos dulces y suaves como el fiero y audaz, el idealista como el grosero materialista, el hombre de los países septentrionales como el de los meridionales bañados constantemente por el sol? De ningún modo.

Nadie, absolutamente nadie, negará que el genio tiene el indiscutible privilegio de asimilarse cuanto llega á conocer y de expresarlo después vestido de ropajes nuevos y brillantes, hasta el punto de parecer que á solo él debe la existencia. Esta es la razón de que las obras de este ilustre escritor sean dignas de estudio bajo tan varios y contradictorios aspectos, como lo han sido, y de que sea de trascendental interés para la historia de la literatura patria investigar la opinión del heróico soldado de Lepanto en materia, que, co-

mo la estética, no puede separarse de los estudios críticos-literarios sobre poetas ó prosista alguno.

Claramente se vé por lo anteriormente dicho, que si el humilde autor de estas líneas no relega al olvido en materia tan importante las obras del inmortal Cervantes, lo que sería una bárbara profanación, no se muestra propicio á subscribir la opinión de aquellos que aseguran ser las obras de nuestro gran novelista una verdadera, aunque popular y amena, enciclopedia de cuantos conocimientos poseía la España de su tiempo. Tan desconsiderada afirmación viene á demostrar poco conocimiento de nuestra historia nacional y estudio poco aprovechado y muy apasionado, de escritor tan eminente. Cervantes no fué filósofo ni naturalista popular, sino el más grande de cuantos escritores han existido, antiguos y modernos, nacionales como extraños.

Por esto, rechazo igualmente la creencia de que *La Galatea* fuese escrita con el fin de exponer y vulgarizar las ideas platónico-florentinas referentes al amor y la belleza. Esta

magnífica joya de la literatura española no tuvo otro fin que el de levantar un magestuoso monumento á la pasión que el poeta sentía por Doña Catalina de Salazar.

.....

§ II

Doctrina sobre la belleza

Después de las anteriores palabras, que me han parecido necesarias para poner fuera de duda la índole del presente trabajo, voy á empezar la exposición de las *ideas estéticas* de Miguel de Cervantes Saavedra por la doctrina que de multitud de pasajes de sus obras, puede inferirse profesó acerca de la belleza. Muéveme á comenzar por este punto la consideración de que el estudio de la hermosura es el principal objeto de la Estética. Mas como en este lugar debo de ocuparme en varias materias, indicaré el método que me propongo seguir, el cual no es otro que exponer primeramente las relaciones de las facultades cognos-

citivas con la belleza y después las de esta propiedad con la bondad, manifestando en seguida, cómo para Cervantes la hermosura es perfección y cómo las cosas son bellas por su parecido con Dios; comparando más tarde la hermosura con los accidentes y examinando los efectos de la contemplación de esta cualidad en los objetos; las otras que con ellas pudieran confundirse; la alteza y valor de la belleza y su influencia, fuerza y poder, para llegar á concluir con la hermosura del compuesto humano y comparación de la interna y más excelente con la externa ó *falsa* belleza, como la llamó San Agustín.

Reconoce Cervantes en el lib. III de *La Galatea* (1) que la belleza tiene íntima relación con el entendimiento; pues de no ser así, no pondría en boca de una pastora las siguientes palabras: «Yo os contaré, con las más breves

---

(1) Véase la pág. 58 de las *Obras de Cervantes*, ed. de 1866 impresa en Madrid por los Sres. Gaspar y Roig. Cito siempre por esta edición.

razones que pudiere, como del mucho entendimiento, que juzgáis que tengo, ha nacido el mal que le hace ventaja». Y en otro lugar añade: «...y como el amor tenga por padre al conocimiento»... (1) Estas frases escritas con referencia al amor, por quien dice que éste es un efecto de la contemplación de la belleza (como probaré con numerosos pasajes al llegar el oportuno lugar), ponen fuera de duda esta idea estética, primera en que me he ocupado, y la que en otro lugar confirma, cuando sostiene que la contemplación de la hermosura causa más efecto en aquel que mejor la conoce.

No se oculta á nuestro escritor que entre la belleza y la bondad existe tan completa semejanza, que permite usar ambas palabras como sinónimas y llamar á la hermosura perfección.

---

(1) *La Galatea*, lib. III, pág. 58.—Puede verse también el libro primero de la citada obra, pág. 15 en donde se lee:

«Apenas hubo llegado
El bien á mi entendimiento...»

Dice en los *Trabajos de Persiles* y *Segismunda*, lib. III, cap. II, pág. 431: «Acabada la comida, desmenuzaron las demás la hermosura de Auristela, parte por parte, y hallaron todas un todo á quien dieron por nombre: *Perfección sin tacha...*»

Mas si importantes son las afirmaciones hasta ahora anotadas, lo es mucho más aquella por la que manifiesta creer firmemente en que toda cosa hermosa, en cuanto á su belleza, es semejante á Dios. Así dice en la *Galatea*, lib. I, pág. 21:

«Un bello rostro y figura,
Aunque caduca y mortal,
Es un traslado y señal,
De la divina hermosura.»

No es tampoco para olvidado el siguiente pasaje tomado también de *La Galatea*, lib. V, pág. 92.

«Mas si quereis saber quien fué la parte
Que puso fiero yugo al cuello exento,
Quien me entregó, quien lleva mis despojos,
Mis ojos son, Silena, y son tus ojos.
Tus ojos son de cuya luz serena

Me viene la que al cielo me encamina,
Luz de cualquiera escuridad ajena,
Segura muestra de la luz divina.»

Pero aún más interés tiene la cuestión relativa á los efectos que la contemplación de la belleza puede producir en el espectador, los cuales son para el autor de *La Galatea*, admiración, amor y deleite, como la lectura de innumerables pasajes acredita, efectos que todavía son mayores cuando la hermosura del objeto amado es examinada por el amante. Imposible me sería copiar aquí cuantos lugares he encontrado en las obras de Cervantes que den clarísima luz sobre este punto. Por esto, tan sólo llamo la atención sobre los siguientes:

«Por sola tu bondad te adoro y quiero,
Atraido también de tu belleza,
Que fué la red que amor tendió primero...»
(1).

«El primero que se adelantó á hablar al

(1) *La Galatea*, lib. III, pag. 44

Rey fué el que servía de timonero, mancebo de poca edad, cuyas mejillas desembarazadas y limpias mostraban ser de nieve y de grana, los cabellos anillos de oro, y cada una parte de las del rostro tan perfectas, y todas juntas tan hermosas, que formaban un compuesto admirable. Luego, la hermosa presencia del mozo arrebató la vista, y aún los corazones de cuantos lo miraron, y yo, desde luego, le quedé aficionadísimo» (1). Hé aquí otro pasaje que no puede ser confirmación más clara de lo que vengo sosteniendo: «y queriendo leer otro papel de los que había reservado del fuego, lo estorbó una maravillosa visión (que tal parecía ella) que improvisamente se les ofreció á los ojos y fué por cima de la peña donde se cavaba la sepultura, pareció la pastora Marcela tan hermosa que pasaba á su fama su hermosura. Los que hasta entonces no la habían visto, la miraban con admiración y silencio; y los que ya estaban acos-

(1) *Trabajos de Persiles*, lib. I, cap. XXI, pág. 379.

tumbrados á verla, no quedaron menos suspensos que los que nunca la habían visto.» (1). «La hermosura por sí sola atrae las voluntades de cuantos la miran y conocen, y como á señuelo gustoso se le abaten las águilas reales y los pájaros altaneros» (2).

---

(1) *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, tom. I, cap. XIV, pág. 106. Ed. de Madrid de 1844, por la que siempre cito.

(2) *Quijote*, tom. II, cap. XXII, pág. 189.—Véanse igualmente los siguientes lugares: «Bien creo eso, respondió Auristela, ¿pero es posible que él no ha dado muestras de quererte? si habrá, porque no lo tengo por tan de piedra que no le enternezca y ablande una belleza tal como la tuya...» *Persiles*, lib. II, cap. III, página 387.—«En esto, ya los sirvientes habían encendido luces y guiado los peregrinos dentro de la casa, y en mitad de un gran patio que tenía, salieron dos hermosas y honestas doncellas, hermanas de Antonio, que habían nacido después de su ausencia, las cuales, viendo la hermosura de Auristela y la gallardía de Constanza su sobrina, con el buen parecer de Ricla su cuñada, no se hartaban de besarlas y bendecirlas...» *Persiles*, lib. III, cap. IX, página 450.—«Casi en su mismo cuarto Policarpa y Sinforosa alojaron á Auristela, de la cual no quitaba la vista Sinforosa, dando gracias al cielo de haberla hecho no amante sino hermana de Periandro: y ansí por su extre-

Mas no sólo la belleza puede producir tales efectos, sino que existen otras propiedades en cierto modo análogas á la belleza, si

---

mada belleza como por el parentesco tan estrecho que con Periandro tenía, la adoraba, y no sabía un punto desviarse della; desmenuzábale sus facciones, notábale las palabras, ponderaba su donaire, hasta el sonido y órgano de la voz le daba gusto.» *Persiles*, lib. II, cap. II, pág. 385.—«...: finalmente se les dejó á poco más de la mitad del camino como si fueran estatuas inmovibles, con admiración de todos los circunstantes, especialmente de Sinforosa que los seguía con la vista, así corriendo como estando quedo, porque la belleza y agilidad del mozo era bastante para llevar tras sí las voluntades, no sólo los ojos de cuantos lo miraban.» *Persiles*, lugar citado, á pocas líneas del anterior.—«Hízome el cielo, según vosotros decíis, hermosa y de tal manera, que sin ser poderosos á otra cosa, á que me améis os mueve mi hermosura...» *Quijote*, tomo. I, cap XIV, pág. 107.—«... ¿si como el cielo me hizo hermosa, me hiciera fea, fuera justo que me quejara de vosotros porque no me amábades?» Obra y lugar citados á pocas líneas de los anteriores pasajes.—«Espantáronse todos los de la venta de la hermosura de Dorotea, y aún del buen talle del zagal Cardenio.» *Quijote*, tom. I, cap. XXXII, pág. 342.—... «y como la hermosura tenga prerrogativa y gracia de reconciliar los ánimos y atraer las voluntades, luego se

bien no tan excelentes, que pueden producir admiración y deleite y cierta dirección del apetito muy semejante al amor, pero del

---

rindieron todos al deseo de servir y acariciar á la hermosa mora.» *Quijote*, tom. I, cap. XXXVII, pág. 429.—«Traía de la mano á una doncella, al parecer de hasta diez y seis años, vestida de camino, tan bizarra, tan hermosa y tan gallarda, que á todos puso en admiración su vista...» *Quijote*, tomo I, cap. XLII, pág. 491.—«... se tornó á admirar de nuevo, cuanto vió delante de sí á Luscinda, Dorotea y Zorayda, que á la nueva de los nuevos huéspedes, y á las que la ventera les había dado de la hermosura de la doncella, habían venido á verla y á recibirlos.» *Quijote*, tom. I, cap XLII, pág. 492.—«Con todo eso vamos allá, Sancho, replicó Don Quijote, que como yo la vea, eso se me dá que sea por bardas, que por ventanas, ó por resquicios, ó verjas de jardines, que cualquier rayo que del sol de su belleza llegue á mis ojos alumbrará mi entendimiento, y fortalecerá mi corazón de modo que quede único y sin igual en la discreción y en la valentía.» *Quijote*, tom. II, cap. VIII, pág. 61.—«Válame Dios! dando una gran voz, dijo á este instante el duque: ¿quién ha sido el que tanto mal ha hecho al mundo? ¿quién ha quitado dél la belleza que lo alegraba, el donaire que lo entretenía, y la honestidad que lo acreditaba?» *Quijote*, tom. II, cap. XXXII, pág. 288.—«Si alguna mujer hermosa viniere á pedirte justicia, quita

cual se diferencia por más de un concepto. Estas propiedades, si bien son muchas, no todas se ven examinadas por el autor de los

---

los ojos de sus lágrimas y tus oidos de sus gemidos, y considera despaçio la substancia de lo que pide, si no quieres que se anegue tu razón en su llanto, y tu bondad en sus suspiros.» *Quijote*, tom. II, c. XLII, p. 370.—«... y que viendo pasar adelante y romperlo todo, al improviso se le ofrecieron adelante, saliendo de entre unos árboles, dos hermosísimas pastoras, á lo menos vestidas como pastoras, sino que los pellicos y sayas eran de fino brocado; digo que las sayas eran riquísimos faldellines de tabí de oro: traían los cabellos sueltos por las espaldas, que en rubios podían competir con los rayos del mismo sol, los cuales se coronaban con dos guirnaldas, de verde laurel y de rojo amaranto tejidas: la edad, al parecer, ni bajaba de los quince, ni pasaba de los diez y ocho. Vista fué esta que admiró á Sancho, suspendió á Don Quijote, hizo parar al sol en su carrera para verlas, y tuvo en maravilloso silencio á todos cuatro.» *Quijote*, tom. II, cap. LVIII, pág. 514.—«... limpiáronle el rostro, que cubierto de polvo tenía, y descubrió una tan maravillosa hermosura, que suspendió y enterneció los pechos de aquellos que para ser sus verdugos lo llevaban.» *Persiles*, lib. I, cap. I, pág. 342.—«... descubrió el rostro, alzó los ojos al cielo, mostró dolerse de su ventura, extendió los rayos de sus dos soles á una y

Trabajos de Persiles y Seguismunda, cosa que no debe extrañar nada, teniendo en cuenta que la índole de sus escritos no permite que se le censure por la omisión de un principio caleológico y mucho menos, por consiguiente, tratándose de un dato que carece de capital importancia.

Una de estas cualidades es la novedad sin duda alguna y por comprenderlo así el inmortal Cervantes escribía en el *Ingenioso Hidalgo* «... que la abundancia de las cosas, aun-

---

otra parte, que encontrándose con los del bárbaro capitán, dieron con él en tierra: á lo menos así lo dió á entender el hincarse de rodillas como se hincó adorando á su modo en la hermosa imagen»... *Persiles*, lib. I, cap. III, pág. 347.—«Pasmeme cuando ví tan cerca de mí tanta hermosura; quise hablar, y añudóseme la voz á la garganta y pegóseme al paladar la lengua, y no supe ni pude hacer otra cosa que callar y dar con mi silencio indicio de mi turbación. .» *Persiles*, lib. I, cap. X, página 361.—«Aquí dió fin Transila á su plática teniendo á todos colgados de la suavidad de su lengua y admirados del extremo de su hermosura, que después de la de Auristela ninguna se le igualaba.» *Persiles*, lib. I, cap. XIII, pág. 366.

que sean buenas hace que no se estimen y la carestía aun de las malas se estima algo». (1). Otra propiedad muy fácil de confundirse con la belleza es aquella que hace los cuerpos agradables al sentido, cualidad que muchos han confundido con la hermosura, pero que Cervantes distinguía de una manera perfecta, como de los dos pasajes que á continuación copio puede juzgarse. En el *Quijote*, tom. I, cap. LI, página 587, dice un pastor«... cerca de aquí tengo mi majada y en ella tengo fresca leche y muy sabrosísimo queso con otras varias y sazonadas frutas no menos á la vista que al gusto agradables.» El siguiente bellísimo pasaje es una nueva confirmación de lo dicho, si se pone atención al modo diferente de hablar en este lugar comparado con el que usa en donde quiera que describe algún objeto bello. «Descubrimos una selva de árboles de dife-

(1) Tom. II, pág. IV.—También pueden verse los siguientes lugares:—*Persiles*, libro I, cap. XII, pág. 364. —*Quijote*, tom. I, cap. XXXVII, pág. 423.

rentes géneros, tan hermosos que nos suspendieron las almas y alegraron los sentidos; de algunos pendían ramos de rubíes que parecían guindas, ó guindas que parecían granos de rubíes: de otros pendían camuesas, cuyas mejillas la una era de rosa, la otra de finísimo topacio: en aquél se mostraban las peras, cuyo olor era de ambar y cuyo color de los que se forman en el cielo, cuando el sol se traspone: en resolución, todas las frutas de quienes tenemos noticias, estaban allí en su sazón, sin que las diferencias del año las estorbasen; todo allí era primavera, todo verano, todo estío sin pesadumbre, y todo otoño agradable, con extremo increíble. Satisfacía á todos nuestros cinco sentidos lo que mirábamos; á los ojos con la belleza y la hermosura, á los oidos con el ruido manso de las fuentes y arroyos, y con el son de infinitos pajarillos, que con no aprendidas voces formado, los cuales saltando de árbol en árbol, y de rama en rama, parecía que en aquel distrito tenían cautiva su libertad y que no querían ni acertaban á cobrarla: al olfato con el olor que de

sí despedían las yerbas, las flores y los frutos: al gusto con la prueba que hicimos de la suavidad dellos: al tacto con tenerlos en las manos, con que nos parecía tener en ellas las perlas del Sur, los diamantes de las Indias, y el oro de Tibar» (1).

He aquí algo sobre la gracia, pues no podía el gran ingenio que creó allá en su mente las inmortales figuras de don Quijote y Sancho Panza, desconocer la inmensa influencia que ejercen sobre el corazón los atractivos de la gracia, por esto y de acuerdo con las ideas de los primitivos griegos, ideas bien claramente declaradas en su mitología, que consideraba como el principal adorno y atavío de la diosa de la belleza el cinturón de las Gracias y que aseguraba que la Reina de los dioses había tenido que servirse de tal adorno para triunfar del corazón de Júpiter, dice en *La Galatea*, lib. I, pág. 14: «...un no se qué de hermosura les acrecentaba, especialmente á Galatea, en

(1) *Persiles*, lib. II. cap. XVI, pág. 413.

quien se vieron juntas las tres Gracias, á quien los antiguos griegos pintaban desnudas por mostrar entre otros efectos que eran señoras de la belleza» (1).

---

(1) También expresan la misma idea los siguientes pasajes:—«Ella con breves y discretas razones contó todo lo que antes había contado á Cardenio, de lo cual gustó tanto don Fernando y los que con él venían, que quisieran que durara el cuento más tiempo: tanta era la gracia con que Dorotea contaba sus desventuras.» *Quijote* tom. I, cap. XXXVI, página 419.—«.. díjole también, como las gracias de su hermano Periandro habían despertado en ella un modo de deseo, que no llegaba á ser amor, sino benevolencia: pero que después con la soledad y ociosidad, yendo y viniendo el pensamiento á contemplar sus gracias el amor se lo fué pintando, no como hombre particular, sino como á un príncipe, que si no lo era merecía serlo: esta pintura me la grabó en el alma, y yo inadvertida dejé que me la grabase sin hacerle resistencia alguna, y así poco á poco vine á quererlo, á amarlo y aún á adorarlo como he dicho.» *Persiles*, lib. II, cap. III, pág. 386.—«La que con más gusto escuchaba á Periandro era la bella Sinforosa, estando pendiente de sus palabras, como con las cadenas que salían de la boca de Hércules; tal era la gracia y donaire con que Periandro contaba sus sucesos...» *Persiles*, lib. II, cap. XII, pág. 405.

Ninguna, sin embargo, de las propiedades que por ser semejantes á la belleza en sus efectos, pudieran ser consideradas iguales á aquella en alteza y poder, valor, influencia y fuerza la igualan; pues sólo la belleza puede llegar por sí sola á merecer las más altas dignidades (1) y vencer con su influencia, fuer-

---

(1) Léanse las siguientes frases: «...y sobre todo advirtiese que si se preciaba de caballero y de cristiano, que no podía hacer otra cosa que cumplille la palabra dada, y que cumpliéndosela cumpliría con Dios y satisfaría á las gentes discretas, las cuales saben y conocen que es prerrogativa de la hermosura, aunque esté en sujeto humilde, como se acompañe con la honestidad, poder levantarse á igualarse á cualquiera alteza, sin nota de menoscabo del que la levanta é iguala á sí mismo...» *Quijote*, tom. I, cap. XXXVI, pág. 418.—«Hallóse Don Quijote al entrar del oidor y de la doncella, y así como lo vió, dijo: seguramente puede vuestra merced entrar y esparcirse en este castillo, que aunque es estrecho y mal acomodado, no hay estrecheza, ni incomodidad en el mundo, que no dé lugar á las armas y á las letras, y más si las armas y letras traen por guia y adalid á la fermosura, como la traen las letras de vuestra merced en esta fermosa doncella, á quien deben no solo abrirse y manifestarse los castillos, sino apartarse los riscos y dividirse

za y poder los más grandes obstáculos.

Ocupémonos ahora de un punto capital; de la hermosura del compuesto humano. Inútil

---

y abajarse las montañas para dalle acogida: entre vuestra merced, digo, en este paraíso, que aquí hallará estrellas y soles, que acompañen el cielo que vuestra merced, trae consigo: aquí hallará las armas en su punto, y la fermosura en su extremo.» *Quijote*, tom. I, cap. XLII, pág. 491.—«Esta pues, á quien todas estas alabanzas vienen cortas, se vió vendida, y comprada de Arnaldo, y con tanto ahinco y con tantas veras la amó y la ama, que mil veces de esclava la quiso hacer su señora, admitiéndola por su legítima esposa, y esto con voluntad del rey padre de Arnaldo, que juzgó que las raras virtudes y gentileza de Auristela mucho más que ser reina merecían...» *Persiles*, lib. I, cap. II, pág. 344.—«...nunca quise saber más de su hacienda de aquello que ella quiso decirme, pintándola en mi imaginación, no como persona ordinaria y de bajo estado, sino como á reina de todo el mundo, porque su honestidad, su gravedad, su discreción tan en extremo extremada no me daba lugar á que otra cosa pensase: mil veces me la ofrecí por su esposo, y esto con la voluntad de mi padre, y aun me parecía que era corto mi ofrecimiento: respondióme siempre que hasta verse en la ciudad de Roma, á donde iba á cumplir un voto, no podía disponer de su persona: jamás me quiso decir su calidad ni la de sus padres, ni yo, como

es decir que para Cervantes hay en el hombre dos elementos, los que de tal punto se compenetran que el cansancio del espíritu

---

ya he dicho, le importuné me la dijese, pues ella sola por sí misma, sin que traiga dependencia de otra alguna nobleza, merece, no solamente la corona de Dinamarca, sino de toda la monarquía de la tierra.» *Persiles*, lib. I, cap. XVI, pág. 370.—«Llegaron á la ciudad, y el liberal Policarpo honró á sus huéspedes real y magníficamente y á todos los mandó alojar en su palacio, aventajándose en el tratamiento de Arnaldo, que ya sabía que era el heredero de Dinamarca, y que los amores de Auristela, lo habían sacado de su reino; y así como vió la belleza de Auristela halló su peregrinación en el pecho de Policarpo disculpa». *Persiles*, lib. II, cap. II, pág. 385.—«Apenas pusimos los pies en la ribera, cuando un escuadrón de pescadores, que así lo mostraban ser en su traje, nos rodearon, y uno por uno llenos de admiración y reverencia llegaron á besar las rodillas del vestido de Auristela, la cual, á pesar del temor, que la congojaba de las nuevas que la habían dado, se mostró á aquel punto tan hermosa, que yo disculpo el error de aquellos que la tuvieron por divina.» *Persiles*, lib. II, cap. XI, pág. 401. —«...si que no seré yo la primera, que por vía de matrimonio haya subido de humilde á grande estado, ni será Don Fernando el primero á quien hermosura, ó ciega afición, que es lo más cierto, haya hecho tomar com-

suele tal vez redundar en cansancio del cuerpo.» *(Quijote*, tom. II, cap. XVII, pág. 148), y que «el vestido descompuesto da in-

---

pañía desigual á su grandeza...» *Quijote*, tom. I, capítulo XXVIII, página 295. -- Vióse Lotario puesto en la estacada que su amigo deseaba, y con el enemigo delante que pudiera vencer á un escuadrón de caballeros armados: mirad si era razón que le temiera Lotario...» *Quijote*, tom. I, cap. XXXIII, pág. 367.—«...y si ahora no lo parezco es merced particular que me ha hecho el señor Merlín, que está presente, solo porque te enternezca mi belleza: que las lágrimas de una afligida hermosura vuelven en algodón los riscos y los tigres en ovejas.» *Quijote*, tomo II, cap. XXXV, pág. 419.—«Mirólo el virrey; y viéndolo tan hermoso, y tan gallardo, y tan humilde, dándole en aquel instante una carta de recomendación su hermosura, le vino deseo de escusar su muerte, y así le preguntó: dime, arraez, ¿eres turco de nación, ó moro, ó renegado?» *Quijote*, tom. II, cap. LXIII, página 570.—«...viendo lo cual el bárbaro flechero, y sabiendo que no había de ser aquel el género de muerte con que le habían de quitar la vida, hallando la belleza del mozo piedad en la dureza de su corazón, no quiso darle dilatada muerte, teniéndole siempre encarada la flecha al pecho, y así arrojó de sí el arco, y llegándose á él, por señas, como mejor pudo, le dió á entender que no quería matarlo.» *Persiles*. lib. I, cap. I, pág. 342. —«Ya sabes

dicios de ánimo desmayado,» (*Quijote*, tomo II. cap. XLIII, pág. 372). Estos dos elementos son susceptibles de belleza, consistiendo la del cuerpo, *causa materialis*, en la proporción harmónica de las partes y la suavidad de color. He dicho que la belleza de las partes, la proporción de éstas entre sí y con el todo, y las del todo con las partes (que no

---

tú, señora, y sé yo muy bien la gentileza, la gallardía y el valor de tu hermano Periandro, cuyas partes forman un compuesto de singular hermosura, y es privilegio de la hermosura rendir las voluntades, y atraer los corazones de cuantos la conocen..» *Persiles*, lib. I, capítulo XXIII, pág. 382.—«...puso algo de propósito los ojos en Auristela Simbaldo, y luego juzgó á discreción la que en Arnaldo parecía locura, porque la belleza de Auristela, como otras veces se ha dicho, era tal que cautivaba los corazones de cuantos la miraban, y hallaban en ella disculpa todos los errores que por ella se hicieran.» *Persiles*, libro II, cap. XII, pág. 426.—Y en el *Quijote*, tomo II. cap. XLVI, pág. 402:

«Pintura sobre pintura
Ni se muestra ni señala,
Y do hay primera belleza
La segunda no hace baza.»

otra cosa significa *perfección harmónica*), unidas á la *suavidad de color*, son para el ilustre Cervantes, como para el gran Santo Tomás de Aquino, las condiciones que ha de reunir un ser corpóreo para ser bello; pues bien, la lectura del siguiente pasaje quita cuantas dudas pudieran quedar. Dice así en *El Amante liberal*, (pág. 156 de la edición porque cita): «....una doncella, digo, por quien decían todas las curiosas lenguas y afirmaban los más claros entendimientos, que era la de más perfecta hermosura que tuvo la edad pasada, tiene la presente y espera tener la que está por venir: una por quien los poetas cantaban que tenía los cabellos de oro, y que eran sus ojos dos resplandecientes soles, sus mejillas purpúreas rosas, sus dientes perlas, sus labios rubíes, su garganta alabastro: y que sus partes con el todo, y el todo con sus partes hacían una maravillosa y concertada harmonía, esparciendo naturaleza sobre todo una suavidad de colores tan natural y perfecta, que jamás pudo la envidia hallar cosa en que ponerle tacha.» La hermosu-

ra material la considera el príncipe de nuestros ingenios como inestable por naturaleza; «...porque la hermosura se envejece con los años, y es «el tiempo salteador y robador de la humana belleza» (exterior). Mayor y más excelente es la belleza del alma, *causa formalis*, la que consiste en la virtud. En tal sentido dice que la honra y virtudes son adornos del alma, sin las cuales el cuerpo aunque lo sea no debe parecer hermoso» (*Quijote*, tom. I, cap. XIV, pág. 108); «el hombre sin honra peor es que un muerto». (*Quijote*, tom. I, cap. XXXIII, pág. 356); «no hay joya en el mundo que tanto valga como la mujer casta y honesta.» (*Quijote*, tom. I, cap. XXXIII, pág. 360); «todo el honor de las mujeres consiste en la opinión buena que della se tiene;» «la honesta y casta mujer es arminio, y es más que nieve blanca y limpia la virtud de la honestidad» (*Quijote*, tom. I, cap. XXXIII, pág. 361); «la verdadera nobleza consiste en la virtud» (*Quijote*, tom. I, cap. XXXVI, pág. 414); «una de las mejores dotes que puede llevar una doncella es la honestidad» (*Persi-*

les, lib. III, cap. VI, pág. 445); «la hermosura que se acompaña con la honestidad es hermosura y la que no, no es más que un buen parecer» (*Persiles*, lib. IV, cap. I, pág. 481); «la mejor dote que puede llevar la mujer principal es la honestidad, porque la hermosura y la riqueza el tiempo la gasta ó la fortuna la deshace,» y en otro lugar pregunta una mujer á la encantada cabeza que hablaba en la segunda parte del Quijote (1): «dime cabeza qué haré yo para ser muy hermosa? y fuele respondido: sé muy honesta.» Y tan firme estaba en esta creencia que no vacila en hacer exclamar á un pescador en Persiles (2): «yo adoro á Leoncia que es la fea, sin poder ser parte á hacer otra cosa: con todo esto te quiero decir una verdad, sin que me engañe en creerla: que á los ojos de mi alma, por las virtudes que en Leoncia descu-

---

(1) *Quijote*, tom. II, cap. XLII, pág 558.

(2) *Persiles*, lib. II, cap. XI, pág. 402.

bro, ella es la más hermosa mujer del mundo.

¿Quién, que no se encuentre completamente dominado por prejuicio, podrá desconocer la similitud de este pasaje con otros de San Clemente de Alejandría?

§ III

Teoría del amor

El punto estético de que más se ha ocupado Miguel de Cervantes Saavedra ha sido, sin duda, el comprendido en el presente párrafo, razón por la cual merece mayor atención que los otros, por más que en ellos se encuentren ideas de inestimable valor para el que desee conocer la cultura estética de la sociedad española de los siglos XVI y XVII.

Mas antes de comenzar la exposición acostumbrada, me voy á permitir extractar un como resumen, que de su teoría filográfica presenta el mismo Cervantes en su *Galatea*, en el cual revela una vez más la filiación neopla-

tónico-florentina de sus doctrinas sobre el amor.

He aquí el pasaje aludido, que, como observa muy oportunamente el Sr. Menéndez y Pelayo (1), «es enteramente platónico y derivado de León Hebreo hasta en las palabras.»

Comienza Lenio por definir el amor como Platón, «un deseo de bellezas», y distingue después diversas especies de amor, guiado por las diferentes especies de seres bellos, lanzando multiplicados dardos contra el amor á los cuerpos vivos de varones y mujeres, para lo cual describe los sufrimientos inherentes al amor contrariado, que para él es todo amor que se dirige á la materia, y se aprovecha hasta de la felicidad que siente el amante con «un tocar la mano de su amada, una sortijuela suya, un breve, amoroso volver de ojos y otras cosas semejantes de tan poco momento cual las considera un entendimiento desapa-

(1) *Historia de las ideas estéticas en España*, tomo II, vol. I, cap. VI, pág. 108.

sionado», para combatir esta pasión «que saca fuera de si mesmo á los amantes, tornándolos descuidados y locos.» Y tras de diversas consideraciones describe á Cupido tal como se le pintaba en la antigüedad pagana por los griegos, y en su afán por combatir al amor refiere los ejemplos de las grandes maldades, no por el amor, si no por la lascivia cometidas, citando los hechos de Amón, Dálida, Herodes, Hércules, Medea y otros muchos de la historia antigua, concluyendo con una canción en vituperio de este su enemigo.

Tirois le contesta manifestando que «amor y deseo son dos cosas diferentes: que no todo lo que se ama se desea, ni todo lo que se desea se ama»; porque «todas las cosas que se poseen...no se podrán decir que se desean si no que se aman». «Y así que por esta razón el amor y el deseo vienen á ser diferentes efectos de la voluntad.»

«Verdad es que amor es padre del deseo.» «Amor es aquella primera mutación que sentimos nacer en nuestra mente, por el apetito que nos conmueve y nos tira á sí y nos delei-

ta y nos place; y aquel placer engendra movimiento en el ánimo, el cual movimiento de apetito acerca de lo que se ama y un querer de aquello que se posee, y el objeto suyo es el bien que se llama bello; pero para más clara definición y división del amor se ha de entender que en tres maneras se divide, en amor honesto, en amor útil y en amor deleitable.» «Y á estas tres suertes de amor se reducen cuantas maneras de amar y desear pueden caber en nuestra voluntad; porque el amor honesto mira á las cosas del cielo, eternas y divinas; el útil á las de la tierra, alegres y perecederas...» Dice poco después que «el amor honesto siempre fué, es y ha de ser limpio, sencillo, puro y divino, que sólo en Dios para y sociega.» «El amor provechoso por ser como es natural, no debe condenarse, ni menos el deleitable, por ser más natural que el provechoso.» Y para probar esto, pone el ejemplo de nuestros primeros padres y asegura que es herencia natural «el amor que tenemos á las cosas útiles de la vida humana; y tanto cuanto más alcanzamos dellas, tanto más nos parece

que remediamos nuestras faltas y por el mismo consiguiente heredamos el deseo de perpetuarnos en nuestros, hijos y deste deseo se sigue el que tenemos de gozar la belleza viva corporal, como solo y verdadero medio que tales deseos á dichoso fin conduce.»

Sigue defendiendo este amor «que siempre es bueno» y dice que el vituperarlo Lenio se debe á que jamás lo vió solo, sino «mezclado de deseos perniciosos, lascivos y mal colocados.» En seguida se ocupa de la hermosura de la naturaleza, demostración palmaria de la existencia de Dios, y de la hermosura del hombre, diciendo como la razón enfrena los desordenados deseos. El amor está adornado de toda sabiduría y de toda prudencia y todas las virtudes están cifradas en él, del cual nada malo puede decirse, «porque los dones de amor, si con templanza se usan, son dignos de perpétua alabanza, pues siempre los medios fueron alabados en todas las cosas, como vituperados los extremos...» Defiende al amor del cargo que contra él lanza Lenio al tenerlo como causa de duelo y tristeza, da una in-

terpretación favorable para el amor á la pintura de Cupido, y á los ejemplos de Lenio contesta con otros sacados de las mismas fuentes, concluyendo con un precioso himno al amor, en oposición al que en su vituperio había entonado su enemigo el desamorado Lenio.

Parecerá acaso inútil añadir nada á lo ya dicho; mas, como la cuestión es tan importante bajo el punto de vista estético, me ha parecido conveniente hacer la siguiente exposición.

Para Miguel de Cervantes, como para Platón (1), el amor es el deseo de lo mejor; pero, al paso que para el ilustre filósofo helénico el amor debe ser completamente puro, Cervantes, más lógico, comprendiendo que toda tendencia ha de tener un objeto al que se dirija como á su fin, reconoce una condición externa, necesaria para su existencia: la esperanza.

«Dos cosas hay en amor,
Con que su gusto se alcanza:

---

(1) Diálogos de *Phedro* y del *Symposio*.

Deseo de ló mejor;
Es la otra la esperanza,
Que pone esfuerzo al temor (1).»

El verdadero amor es para Cervantes, como para todos los platónicos, el que para en la más alta belleza. Véanse en comprobación de ésto las palabras que pone en boca de Ricardo, personaje de *La Española Inglesa*, como dirigidas á su amada Isabela, doncella en un tiempo prodigio de hermosura y en aquellos momentos de fealdad por efecto de un tósigo, precisamente en los momentos en que sus padres (los de Ricardo) habían hecho traer de Escocia una bella y principal doncella, con la

---

(1) *Galatea*, lib. I, pág. XV.—Véase además:— «...que todo era impedimento á que con el nuevo y amoroso deseo, que en mí había nacido, no naciese también la esperanza de alcanzarla, que es el arrimo con que el amor camina ó vuelve atras en los enamorados principios!» *Galatea*, libr. II. página 37.

«Tu condición, señora, me descubre
El desengaño de mi pensamiento
Y de temor á mi esperanza cubre.»

Galatea, pág. 44, lib. III.

cual pretendieron casarlo, confiados en que *la hermosura presente de la nueva esposa hiciese olvidar á su hijo la ya pasada de Isabela:* «Isabela de mi alma, mis padres, con el grande amor que me tienen, aún no bien enterados del mucho que yo te tengo, han traido á casa una doncella escocesa, con quien ellos tenían concertado de casarme antes que yo conociese lo que vales; y ésto, á lo que creo, con intención que la mucha belleza de esta doncella borre de mi alma la tuya, que en ella estampada tengo: yo, Isabela, desde el punto que te quise, fué con otro amor de aquel que tiene su fin y pasadero en el cumplimiento del sensual apetito, que puesto que tu corporal hermosura me cautivó los sentidos, tus infinitas virtudes me aprisionaron el alma, de manera que, si hermosa te quise, fea te adoro, y para confirmar esta verdad, dame esa mano (1)...

---

(1) *La Española inglesa*, pág. 203.

En otro lugar (1) asegura que el amor es enemigo de las mudanzas.

«Con todo, si os faltare la esperanza
De llegar á este puerto, no por eso
Gireis las velas, que será simpleza;
Que es enemigo amor de la mudanza
Y nunca tuvo próspero suceso
El que no se aquilata en la firmeza.»

No debo pasar en claro una opinión de capital importancia, cual es la universalidad del amor. Así lo da á entender el pasaje que á continuación traslado, el cual dice que «...el amor á todo se extiende y á todo se comunica (2).»

Pasemos á señalar las causas de este amor, las cuales son para Cervantes lo mismo la belleza interna que la hermosura exterior, por

---

(1) *Persiles*, lib. I, cap. IX, pág. 360.

(2) *Galatea*, lib. IV, pág. 74. Lo mismo piensa el R. P. Jungmann, cuando dice que «el amor es la fuerza que mueve al universo mundo» en su obra verdaderamente maravillosa intitulada *La belleza y las bellas artes*.

lo cual, dice en la *Galatea*, lib. I, pág. 2, que «...no eran las buenas partes y virtudes de Elicio para aborrecerse ni la hermosura, gracia y bondad de *Galatea* para no amarse», y en el lib. III, pág. 44 de la misma obra:

«El verte y adorarte llegó junto,
Porque, ¿quién fuera aquel que no adorara
De un ángel bello el sin igual trasunto?
Mi alma tu belleza, al mundo rara,
Vió tan curiosamente, que no quiso
En el rostro parar la vista clara.
Allá, en el alma tuya, un paraiso
Fué descubierto de bellezas tantas,
Que dan de nueva gloria cierto aviso.
Con estas ricas alas te levantas
Hasta llegar al cielo, y, en la tierra,
Al sabio admiras, y al que es simple espantas.
¡Dichosa alma que tal bien encierra,
Y no menos dichoso el que por ella
La suya rinde á la amorosa guerra!
En deuda soy á mi fatal estrella
Que me quiso rendir á quién encubre
En tan hermoso cuerpo alma tan bella.»

El amor nace por la semejanza y por esto

sin duda, «...no daba á Elicio pena la competencia de Erastro, porque entendía del ingenio de Galatea, que á cosas más altas la inclinaba (1).» Y no sólo amamos lo que es semejante á nosotros, sino que este amor nos lleva á amar á Dios, por lo que á El es semejante el ser amado.

«Amor que es virtud entera.
En otras muchas se alcanza,
De una en otra semejanza
Sube á la causa primera (2).»

El conocimiento de las propiedades bellas del objeto amado, la esperanza de poseerlo y el decoro exterior de que puede verse rodeado son para Miguel de Cervantes las condiciones que pueden favorecer al amor. En favor del primer aserto habla este pasaje arrancado de un diálogo de *Persiles* (3): «...casi puedo decir que desde las mantillas y fajas de

(1) *Galatea*, lib. I, pág 3.
(2) *Galatea*, lib. II, pág. 21.
(3) Lib II. cap. VI, pág. 392.

mi niñez te quise bien y aquí pongo yo la razón del destino: con la edad y con el uso de la razón fué creciendo en mí el conocimiento, y fueron creciendo en tí las partes que te hicieron amable: vílas, contemplélas, conocílas, grabélas en mi alma; y de la tuya á la mía hice un compuesto tan uno y tan solo, que estoy por decir que tendrá mucho que hacer la muerte en dividirlo.» La esperanza no es sólo favorable al amor: es necesaria, «porque el amor ni nace ni puede crecer sino es al arrimo de la esperanza (1).» Por ésto, se lee en *La Galatea* (2):

---

(1) *Persiles*, lib. III, cap. VII, pág. 394.

(2) Lib. I. pág. 3.—Véanse además, entre otros lugares los siguientes.—«...mas no por esta sequedad se desmayó en Lotario la esperanza, que siempre nace juntamente con el amor; antes tuvo en más á Camila...» *Quijote*, tom. I, cap. XXXIII, pág. 373.—«...pero por parecerme que alguno no puede perseverar en el intento amoroso luengo tiempo, si no es substentado de alguna esperanza, quiero atribuirme á mí la culpa de tu impertinencia...» *Quijote*, tom. I. cap. XXXIV, pág. 393.

«Cuando más, que el amor nace
Junto con la confianza,
Y en ella se ceba y pace,
Y en faltando la esperanza,
Como niebla se deshace.»

El decoro favorece al amor pues

«...el amor y la gala
Andan un mismo camino (1).»

En un pasaje de *La Galatea* (2) da á cono-

---

(1) *Quijote*, tom. I, cap. XI, pág. 80.

(2) Lib. III, pág. 56.—Pueden consultarse además estos pasajes:

«*Crisio*

Al que ausencia viene á dar
Su cáliz triste á beber,
No tiene mal que temer,
Ni ningún bien que esperar.
En esta amarga dolencia
No hay mal que no esté cifrado:
Temor de ser olvidado,
Celos de ajena presencia.
Quien la viniere á probar
Luego vendrá á conocer
Que no hay mal de que temer,
Ni menos, bien que esperar.

cer el príncipe de nuestros escritores las circunstancias que consideraba como enemigas del amor, las cuales no son otras que la sepa-

---

Marsilio

En mi terrible pensar
Ya faltan por más enojos
Las lágrimas á los ojos,
Y el aliento al sospirar.
La ingratitud y desdén
Me tienen ya de tal suerte,
Que espero y llamo á la muerte
Por más vida y por más bien:
Poco se podrá tardar,
Pues faltan en mis enojos
Las lágrimas á los ojos
Y el aliento al sospirar.

Orompo

Ved si es mal el que me aqueja
Más que muerte conocida,
Pues forma quejas la vida
De que la muerte la deja.
Cuando la muerte llevó
Toda mi gloria y contento;
Por darme mayor tormento
Con la vida me dejó:

ración del objeto amado, que perjudica al conocimiento de sus buenas ó bellas cualidades; la falta de correspodencia; que arguye

---

El mal viene, el bien se aleja
Con tan ligera corrida
Que forma quejas la vida
De que la muerte la deja.

Ofernio

Celos, á fe, si pudiera,
Que yo hiciera por mejor
Que fueran celos amor,
Y que el amor celos fuera.
Deste tronco grangeara
Tanto bien y tanta gloria
Que la palma y la victoria
De enamorado llevara:
Y aun fueran de tal manera
Los celos en mi favor,
Que al ser los celos amor,
El amor yo solo fuera.»

Galatea, lib. III, pág. 56.—Este trozo está tomado de una égloga en la que intervienenen los cuatro pastores Crisio, Marsilio, Orompo y Ofernio, que hablan de cada uno de los cuatro principales inconvenientes que se oponen al amor ó, mejor dicho, á la especie de amor que, como dijo Platón, recibe el nombre del todo. Orompo llo-

desemejanza entre el objeto amado y el amante ó falta de conocimiento en aquel de las pro-

---

ra la muerte de su amada; Ofernio siente los tormentos de los celos; Crisio la ausencia, y Marsilio el desamor de Belisa. Después de ponderar los cuatro en magníficos versos la supremacía de su mal, el discreto Damón dice que Ofernio lleva la razón, aconseja á Orompo que se consuele, muestra á Crisio la facilidad de vencer su pena, y, aunque sufre el mismo mal que Marsilio, le dice que no debe quejarse de Belisa, por ser el amor cosa voluntaria y le aconseja que procure aumentar sus buenas dotes como medio de vencer el corazón de su pastora.—«A lo que respondió D. Quijote: haga vuesa merced, señora, que se me ponga un laud esta noche en mi aposento, que yo consolaré lo mejor que pudiere á esta lastimada doncella, que en los principios amorosos los desengaños prestos suelen ser remedios calificados...» *Quijote*, tom II, cap. XLVI, pág. 400.—«...que no hay discreción que valga, ni amorosa fe que asegure el enamorado pecho, cuando por su desventura entran en él celosas sospechas...» *Persiles*, lib. I, cap. VIII, pág. 356.—«¡Oh poderosa fuerza de los celos, oh enfermedad que te pegas al alma de tal manera, que sólo te desplegas con la vida! ¡Oh! hermosísima Auristela, detente, no te precipites á dar lugar en tu imaginación á esta rabiosa dolencia! pero ¿quién podrá tener á raya los pensamientos, que suelen

piedades del último; la destrucción del ser objeto del amor, y los celos, que casi siempre vienen á matar la esperanza, que, como ya he hecho notar, es considerada por el autor del *Quijote* como elemento necesario para la vida del amor.

La lectura de más de un pasaje de Miguel de Cervantes demuestra que para el ilustre escritor es cierta la afirmación de San Agustín y otros filósofos antiguos, para los cuales el gozo es inseparable del amor: por esto dice:

«Do vive el blando amor vive la risa Y donde muere, muere nuestra vida» (1); «....porque el amor es todo alegría, regocijo y contento, y más cuando el amante está en posesión de la cosa amada (2).»

---

ser tan ligeros y sutiles, que, como no tienen cuerpo, pasan las murallas, traspasan los pechos, y ven lo más escondido de las almas?» *Persiles*, lib. I, cap. XXIII, pág. 381.

(1) *Galatea*, lib. I, pág. 19.

(2) *Quijote*, tom. II, cap. XXII, pág. 188.—«... en el corazón sosegado, en el ánimo quieto tiene el amor de-

El amor ejerce gran influencia sobre el amante, hasta el punto de que lo modifica, produciendo una unión íntima y semidivina entre el objeto amado y el sujeto amoroso, que casi llegan á formar un ser único. Por esta razón, la amistad con Dios es superior á la que puede engendrarse entre los hombres (1). Esta misma unión obliga á no poder querer el mal del amado (2).

No podía por menos el autor del *Quijote* que afirmar la existencia de cierta participación del entendimiento humano en los actos amorosos, al mismo tiempo que reconocer

---

leitable su morada, que no en las lágrimas ni en los sobresaltos.» *Persiles*, lib I, cap. XXI, pág. 378.

(1) «... pues si esto sintió un gentil de la amistad, ¿cuánto mejor es que lo sienta el cristiano, que sabe que por ninguna humana ha de perder la amistad divina?...« *Quijote*, tom. I, cap. XXXIII, pág. 356.

(2) Debe leerse con detenimiento la *Historia del Curioso impertinente*. De su misma opinión son, entre otros muchos, Platón y nuestro Calderón de la Barca.

que en algunos casos no existe dicha participación: de aquí, que hablase de conocimiento é inconciencia, de libertad y de necesidad en el amor (1).

---

(1) Consúltense estos lugares:—«... y verá todo el mundo que tiene contigo más fuerza la razón que el apetito.» *Quijote*, tom. I, cap. XXXVI, pág. 417.—«... considera, señora, que el amor nace y se engendra en nuestros pechos, ó por elección ó por destino: el que por destino, siempre está en punto; el que por elección, puede crecer ó menguar, según pueden menguar ó crecer las cosas que nos obligan y mueven á querernos; y siendo esta verdad tan verdad, como lo es...» *Persiles*, lib. II, cap VI, pág. 391.—«.... porque el amor es invisible, y entra y sale por do quiere, sin que nadie le pida cuenta de sus hechos.» *Quijote*, tom II, cap. LVI, pág. 499.—«... quiero que sepáis mi destino, ó por mejor decir, mi elección...» *Quijote*, tom. II, cap. XIV, pág 108.—Y en otro lugar:

O le falta al amor conocimiento,
O le sobra crueldad, ó no es mi pena
Igual á la ocasión: que me condena
Al género más duro de tormento.....»

Quijote, tom. I, cap. XXXVIII, pág. 211.—«... á donde el caballero la hallaría con la infanta su hija, que ha de ser una de las más fermosas y acabadas doncellas, que

Antes de concluir esta sumaria referencia, bueno será decir que Cervantes reconoció en el amor un extraordinario poder é irresistibles fuerzas. Dice en *La Galatea*, lib. II, pág. 27, que las fuerzas del amor son tales que no puede borrarlo la ausencia:

«El firme y puro amor jamás decrece
En el decurso de la ausencia amarga,
Antes en fe de la memoria crece.
Así, que en ausencia corta ó larga,
No ve remedio el amador perfeto,
De dar alivio á la amorosa carga.
Que la memoria puesta en el objeto

---

en gran parte de lo descubierto de la tierra á duras penas se puede hallar: sucederá tras ésto, luego en continenti, que ella ponga los ojos en el caballero, y él en los della, y cada uno parezca á otro cosa más divina que humana, y sin saber cómo ni como nó, han de quedar presos y enlazados en la intrincada red amorosa, y con gran cuita de sus corazones por no saber cómo se han de fablar para descubrir sus ansias y sentimientos...» *Quijote*, tom. I, cap. XXI, pág. 187.

Que amor puso en el alma representa
La amada imágen viva al intelecto.»

Más adelante (*Galatea*, lib. II, pág. 31) afirma que ni la muerte puede borrar el amor, doctrina que expresa de este modo:

«Justísima sentencia
Ha dado el cielo contra mí que muera,
Aunque sólo se espera
De mi infelice hado y desventura
Que no acabe mi mal la sepultura.»

Pero la fuerza del amor no es tal que no pueda rechazarse en un principio.
Así dice en los versos que anteceden refiriéndose al amor:

«Mas no de tí, sino de mí sería
Razón que me quejase,
Que á tu fuego no hice resistencia.
Ya me entregé, ya hice que soplase
El viento que dormía
De la ocasión con furia y violencia.»

En otro lugar, (*Galatea*, lib. III, pág. 43) muestra el príncipe de los ingenios la fuerza del amor de amistad por las obligaciones del amigo. «¡Oh fuerza poderosa de verdadera

amistad, á cuanto te extiendes y á cuanto me obligastes! pues yo mismo, forzado de tu obligación, afilé con mi industria el cuchillo que había de degollar mis esperanzas (1)».

Vengamos ahora á tratar del apetito. Este no reconoce intervención alguna de la voluntad y por lo tanto del entendimiento; razón por la cual dice Cardenio en el primer tomo del *Ingenioso Hidalgo*, cap. XXVII y pág. 282 de la edición consultada: «....y así, aunque entonces me falte el juicio, la necesidad natural me da á conocer el mantenimiento, y despierta en mí el deseo de apetecerlo y la voluntad de tomarlo.» Así como la causa del amor es la belleza, la del apetito es lo agradable á los sentidos, «.....así como me vió en soledad, in-

---

(1) Véanse además los siguientes lugares:—*Galatea*, lib. III, pág. 65.—*Las Dos Doncellas*, pág. 282.—*Quijote*, tom. I, cap. XXXVI, pág. 418.—*Quijote*, tomo I, cap. XLIII, pág. 503.—*Quijote*, tom. II, cap. XX, pág. 175.—*Persiles*, lib. III, cap. I, pág 429.—*Quijote*, tomo I, cap. XXXIV, pág. 376.—*Persiles*, lib. cap. II, pág. 345.—*Persiles*, lib. I, cap. XXIII, pág 382.

citado de su misma bellaquería antes que de mi hermosura (1).....» Claramente se vé por estas palabras que para Cervantes no es la belleza causa del apetito; y no siendo la belleza, ¿qué otra cosa puede ser sino lo agradable al sentido?

El amor y el apetito se distinguen perfectamente.

«El amor es infinito,
Si se funda en ser honesto,
Y aquel que se acaba presto
No es amor, sino apetito.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

En los estados de amor,
Nadie llega á ser perfeto
Sino el honesto y secreto.
Para llegar al suave
Gusto de amor si se acierta,
Es el secreto la puerta

(1) *Quijote*, tom. I, cap. XXVIII, pág. 301.

Y la honestidad la llave.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Amar humana beldad
Suele ser reprehendido
Si tal amor no es medido
Con razón y honestidad (1).»

---

(1) *Galatea*, pág. 23.—Este pasaje es utilísimo: «Sucedió, pues, que como el amor en los mozos por la mayor parte no es, sino apetito, el cual como tiene por último fin el deleite, en llegando á alcanzarlo se acaba, y ha de volver atrás aquello que parecía amor, porque no puede pasar adelante del término que le puso naturaleza, el cual término no lo puso á lo que es verdadero amor..» «*Quijote*, tom. I, cap. XXIV, pág. 227.—«.. porque después de cumplido aquello que el apetito pide, el mayor gusto que puede venir, es apartarse de donde lo alcanzaron...» *Quijote*, tom. I, cap. XXVIII, pág. 296.

§ IV.

Conceptos sobre el placer.

Muy breve he de ser, pues que ya he tocado en algo este asunto en varios lugares de los dos últimos párrafos.

La contemplación de la belleza es para el inmortal autor del *Quijote*, como para los filósofos antiguos, causa, no sólo del amor sino también de cierto gozo ó deleite «... así como mis ojos lo vieron, sentí enternecerme el corazón y comenzó á discurrir por todas mis venas un hielo que me encendía, y sin saber cómo, sentí que mi alma se alegraba de tener puestos los ojos en el hermoso ros-

tro del no conocido pastor (1).» Muéstrase Cervantes en otro lugar partidario de la misma idea. «Pero cuando las damas vieron la singular belleza de Galatea, quedaron tan admiradas que no podian apartar los ojos de mirarla (2).» «Calló diciendo esto la bella ninfa y, luego, tomó un arpa, que junto á sí tenía, que hasta entonces de ninguno había sido vista, y en comenzándola á tocar, parece que comenzó á esclarecerse el cielo y que la luna con nuevo y no usado resplandor alumbraba la tierra; los árboles, á despecho de un blando céfiro que soplaba, tuvieron quedas las ramas y los ojos de todos los que allí estaban no se atrevían á bajar los párpados porque aquel breve punto que se tardaban en alzarlos no se privasen de la gloria que en mirar la hermosura de la ninfa gozaban, y se convirtieran en el del oir solamente: con tal extrañeza, con tal dulzura, con tanta suavidad

(1) *Galatea*, lib. I, pág. 17.

(2) *Galatea*, lib. IV, pág. 71.

tocaba el arpa la bella musa (1). » Pero más explícito se muestra aún cuando afirma en el *Quijote* «que el deleite, que en el alma se concibe, ha de ser de la hermosura ó concordancia que vé ó contempla en las cosas que la vista, ó la imaginación le ponen delante, y toda cosa que tiene en sí fealdad, no nos puede causar contento alguno (2).»

Con los pasajes citados y con los que en el § II, apropósito de la belleza, anoté, creo está convenientemente demostrada la afirmación presente.

Debo también observar que el placer como propiedad de la belleza lo considera Cervantes subordinado al amor, pues que en *La Galatea* hace decir á una pastora: «....y en un punto, sin ser en las cosas de amor experimentada, vine á conocer que era amor el que salteado me había (3) » Idéntica opinión

---

(1) *Galatea*, lib. VI, pág. 111.
(2) Tom. I, cap. XLVII, pág. 550.
(3) Lugar citado.

profesaba Fray Luis de León cuando decía: «El natural remedio á los que desmayan de amores es verse junto y asidos á los que aman y que les muestran favor y señal de amor, porque de allí les viene su trabajo, y de lo mismo les ha de venir su remedio y descanso (1).»

(1) Traducción del Libro de los Cantares de Salomón.

§ V

Ideas sobre las bellas artes

Ya dije en el párrafo I que de las ideas expresadas por Cervantes no podía formarse un conjunto que mereciese el nombre de sistema; pues bien; esto que entonces dije es aplicable mucho más que á otro asunto á este de que ahora tratamos.

En la imposibilidad de seguir en la exposición un órden, si no ya rigurosamente científico, igual por lo menos al que hasta aquí he empleado, paso á anotar del modo que me ha parecido más conveniente las ideas sobre las bellas artes por Cervantes lanzadas.

No podía por menos el autor de tantas y tan maravillosas obras que sentir en su alma

de artista el irresistible poder del arte: así se explica que en el *Quijote* (tom. I, cap. XLIX, pág. 574)hable de la siguiente manera: «...acá vé otra á lo brutesco ordenada, á donde las menudas conchas de las almejas con las torcidas casas blancas y amarillas del caracol; puestas con orden, desordenadas, mezclados entre ellas pedazos de cristal lucientes y contrahechas esmeraldas, hacen una variada labor, de manera que el arte imitando á la naturaleza parece que allí la vence...»

Respecto á la finalidad del arte (1) parece que se muestra propicio á exigir algo de enseñanza; mas teniendo en cuenta la índole de los libros escritos por Cervantes, debe de deducirse que esta enseñanza no ha de salir de los límites de la moral, para convertir lo formado para esparcimiento del ánimo en objeto de estudio formal ó serio.

---

(1) «..... son cuentos disparatados, que atienden solamente á deleitar, y no á enseñar, al contrario de lo que hacen las fábulas apólogas... *Quijote*, tom. I, capítulo XLVII, pág. 550.

Existe para nuestro escritor tan íntimo enlace entre las bellas artes, que afirma que: «La historia, la poesía y la pintura se simbolizan entre sí y se parecen tanto, que cuando escribes historia pintas, y cuando pintas compones...» (1).

Dos condiciones son indispensables para merecer el nombre de artista: ingenio y arte. Respecto á la primera, podemos leer en el capítulo XVI del tomo II del *Quijote* «...del vientre de su madre el poeta natural sale poeta; y con aquella inclinación que le dió el cielo, sin más estudio ni artificio, compone cosas que hace verdadero al que dijo: *Est Deus in nobis*» (2). Pero al lado de este principio sienta este otro: «También digo que el natural poeta, que se ayudare del arte, será mucho mejor y se aventajará al poeta, que

---

(1) *Persiles*, lib. III, cap. XIV. pág. 464.

(2) Pág. 134.—Véanse también: *Quijote*, tom. II, cap. III, pág. 27. *Quijote*, tom. II, cap, III, pág. 28. Aquí sienta el principio de que «*Alicuando bonus dormitat Homerus*.»

sólo por saber el arte quisiese serlo: la razón es, porque el arte no se aventaja á la naturaleza si no perfecciónala: así, que mezclados la naturaleza y el arte, y el arte con la naturaleza, sacarán un perfectísimo poeta.» Por aquí se vé la necesidad de que el ingenio vaya acompañado del estudio (1).

Punto importante es el de la relación que existe entre el artífice y su obra, relación de que Cervantes se hace defensor en los términos que siguen: «...si el poeta fuere casto en sus costumbres, lo será también en sus versos: la pluma es lengua del alma; cuales fueren los conceptos que en ella se engendraren, tales serán sus escritos...» (2). Tampoco

---

(1) *Quijote*, tom. I, cap. XXVII, pág. 266.—*Quijote*, tom. I. cap. XLVIII, pág. 550.—*Quijote*, tom. II, cap. IV, pág. 32.—*Quijote*, tom. II, cap. XVI, página 134.

(2) *Quijote*, tom. II, cap. XVI, pág. 185.—Si bien no de un modo tan claro puede deducirse lo mismo de los pasajes siguientes.—*Quijote*, tom. I, cap. II, página 585.—*Quijote*, tom. I. cap. XLVII, pág. 543 —*Quijo-*

debo dejar pasar en olvido las siguientes palabras que se leen en el prólogo de *El Ingenioso Hidalgo*: «Desocupado lector: sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse; pero no he podido yo contravenir la orden de naturaleza, que en ella cada cosa engendra su semejante: y así, ¿qué podría engendrar el esteril y mal cultivado ingenio mío, si no la historia de un hijo, seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginado de otro alguno?»

Ya he dicho que Cervantes atribuye á las artes un fin altísimo, el de enseñar, ahora añadiré que como fin secundario reconoce el de deleitar, el de agradar á todos: por ésto, dice en el prólogo del *Quijote:* «Procurad también que leyendo vuestra historia, el me-

---

te, tom. II, cap. III, pág. 22.—*Quijote*, tom. II, capítulo LXII, pág. 558.

lancólico se mueva á risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla.»

La primera cosa de que debe huir el artista en cuanto á la concepción caleotécnica es del mal moral, pues las faltas del orden moral «á modo de blandas espinas os atraviesan el alma y como rayos os hieren en ella dejando sano el vestido (1).» Esta misma idea aparece cuando habla de la bondad de los libros, pues si en un lugar asegura que «...no hay libro tan malo... que no tenga algo bueno (2)...» en otro afirma que «...letras sin virtud son perlas en el muladar (3)...»

Como no podía menos de suceder, Cervantes no exige verdad real en el arte, si no tan sólo verosimilitud; pero entiende que esta

---

(1) *Quijote*, tom. II, cap. XXXVIII, pág. 340.
(2) *Quijote*, tom. II, cap. III, pág. 28.
(3) *Quijote*, tom. II, cap. XVI, pág. 132.

debe ser acompañada del donaire. He aquí lo siguiente:

«Nunca á disparidad abre las puertas
Mi corto ingenio y hallarás contino
De par en par la consonancia abiertas.
¿Cómo puede agradar un desatino
Si no es que de propósito se hace,
Mostrándole el donaire su camino?
Que entonces la mentira satisface
Cuando verdad parece y está escrita
Con gracia, que al discreto y simple aplace» (1)

Quizás alguno pudiera creer que el ilustre escritor que estas ideas profesaba incurría en el error de no conceder importancia alguna á la *causa materialis,* dado el modo como atiende al otro elemento, *causa formalis,* de que consta toda obra artística, como todo ser; mas esta cuestión está perfectamente aclarada en el siguiente pasaje: «...finalmente él es de tan admirable compostura que con ser la materia de que está formado no menos que

(1) *Viaje del Parnaso,* cap. VII, pág. 517.

de diamantes, de carbunclos, de rubíes, de perlas, de oro y de esmeraldas es de más estimación su hechura (1)...»

Cervantes es partidario de la expresión en el arte, como lo demuestran estas palabras «... y á poco espacio formaron una tan triste y agradable música, que, aunque regalaba los oidos, movía los corazones á dar señales de tristeza con lágrimas que los ojos derramaban (2).»

Del principio de la imitación se muestra partidario (3); pero atendiendo al resto de sus opiniones, es menester creer que lo encierra dentro de razonables límites.

Extraña sobre manera el ver en el canto primero de *La Galatea* (4) ciertas palabras, que, vistas sin detención, parecen indicar como

---

(1) *Quijote*, cap. XLIV, pág. 574.

(2) *Galatea*, lib. VI. pág. 108,—La misma idea *Quijote*, tom. II, cap. XVI, pág. 127.

(3) Entre otros lugares: *Quijote*, tom. I, cap. XXV, pág. 236.

(4) Pág. 14 de la ed. cons.

que Cervantes admite *el desnudo* en las artes *figurativas*. Tales palabras son estas: «...no sé qué de hermosura les acrescentaba, especialmente á *Galatea*, en quien se vieron juntas las tres gracias, á quien los antiguos griegos pintaban *desnudas por mostrar* entre otros efectos *que eran señoras de la belleza*.»

Ahora bien, ¿qué interpretación puede y debe darse á las transcritas palabras? ¿Decir que Cervantes fué partidario de lo que las escuelas neo-clásica ó neo-pagana, realista ó naturalista, llaman *el alto sentido del desnudo en las artes figurativas?* Yo creo que no.

Para mí no cabe la menor duda de que un escritor esencialmente cristiano como el ilustre Miguel de Cervantes Saavedra no puede admitir de ningún modo que sea el mundo físico la mansión de *la más alta belleza*. ¿Cómo además conciliar esta idea con las otras que resplandecen en sus inimitables obras?

Esto sólo puede admitirse en quien haya bebido por su desgracia en las venenosas aguas, que como abundante torrente se desprenden de las deletéreas doctrinas de la tan

á todas luces importunamente llamada filosofía racionalista en sus diversas ramas. ¡Llamarse racionalistas los que debieran denominarse locos! Sí, los materialistas y sensualistas, negando como niegan la existencia del mundo espiritual (¡pobres ciegos!) son lógicos al proclamar la abyecta y repugnante teoría del desnudo; y los panteistas, identificándolo todo con más ó menos franqueza (que también hay panteistas vergonzantes), tienen que atribuir á la materia toda clase de perfecciones. Pero si en tales filósofos es natural y legítima la conclusión que combato, en Cervantes, cristiano de corazón, es completamente inaplicable esta interpretación á sus ya citadas palabras. Más razonable parece, por lo tanto, decir que lo que Cervantes quiso, fué marcar la poderosa influencia de las gracias y citar al mismo tiempo como testigos autorizados á los griegos, diciendo con ésto, no que el sumo grado de hermosura está en el mundo corpóreo y sus pasageros encantos, y que por eso debe admitirse el desnudo en las artes figurativas, sino que tanto

es el poder de las gracias, que los griegos, entusiastas admiradores de la materia, las representaban desnudas.

También podía dar lugar á duda en el mismo sentido el siguiente trozo:

«Muestra su ingenio el que es pintor curioso
Cuando pinta al desnudo una figura,
Donde la traza, el arte y compostura
Ningún velo la cubre artificioso.» (1)

Fijándose en que Cervantes alude á la habilidad técnica, la interpretación se hace sumamente sencilla.

Concluiré el presente párrafo, citando estas palabras referentes á la vida de los libros: «...yo no me he alterado en oir que ando como cuerpo fantástico por las tinieblas del abismo, ni por la claridad de la tierra, porque no soy aquel de quien esta historia trata: si ella fuere buena, fiel y verdadera, tendrá si-

---

(1) Soneto *á San Francisco.*

glos de vida: pero si fuere mala, de su parto á la sepultura no será muy largo el camino.» (1)

(1) *Quijote*, tom. II, cap. LXX, pág. 620

§ VI

El Teatro

En conformidad con el fin general de las bellas artes, asigna al teatro el de moralizar y recrear. Por eso, se expresa de este modo: «...de haber oído la comedia artificiosa y bien ordenada saldría el oyente alegre con las burlas, enseñado con las veras, admirado de los sucesos, discreto con las razones, advertido con los embustes, sagaz con los ejemplos, airado contra el vicio, y enamorado de la virtud: que todos estos efectos ha de despertar la buena comedia en el ánimo del que la

descuchare por rústico y torpe que sea...» (1)

En otro lugar dice qne la comedia ha de ser «espejo de la vida humana» (2), y más adelante que «la imitación es lo principal que ha de tener la comedia.» (3) A pocas líneas de distancia defiende la unidad de lugar y no muy lejos la de tiempo; pero, á mi modo de ver, sólo combate las exageraciones en que incurrían algunos principiantes en su tiempo. Ya insistiré sobre esto en el apéndice B. El mismo Cervantes no las observó en sus obras teatrales.

---

(1) *Quijote*, tom. I, cap. XLVIII, pág 558.—Véase también: *Quijote*, tom. II, cap. XII, pág. 93.

(2) *Quijote*, tom. I, cap. XLVIII, pág. 556.

(3) Ibidem, pág. 557.

§ VII

La Pintura

Referente á la pintura, dice Cervantes, que «...los buenos pintores imitan la naturaleza; pero los malos la vomitan.» (1). Quizás alguno vea en este pasaje un testimonio en favor del exclusivismo del principio de imitación; mas desde el punto en que se le compare con lo relativo á la *concepción caleotécnica*, arriba indicado, el que algo medite en ello tendrá que convencerse de que lo que nuestro inmortal escritor sostenía es que deben

---

(1) *El Licenciado Vidriera*, pág. 216 de la ed. citada.

guardarse las leyes necesarias del ser contingente, en lo que todos los tratadistas se muestran unánimes. Respetar las leyes del ser contingente es guardar la verosimilitud, no esclavizarse á la imitación de la naturaleza, que puede ser idealizada.

§ VIII

La Poesía

Hé aquí, lo que dice Miguel de Cervantes Saavedra de la poesía: «...han de usar de la poesía como de una joya preciosísima, cuyo dueño no la trae cada día, ni la muestra á todas gentes, ni á cada paso, sino cuando convenga y sea razón que la muestre: la poesía es una bellísima doncella, casta, honesta, discreta, aguda, retirada, y que se contiene en los límites de la discreción más alta: es amiga de la soledad, las fuentes la entretienen, los prados la consuelan, los árboles la deseno-

jan, las flores la alegran; y finalmente deleita y enseña á cuantos con ella comunican (1).»

Y este arte tiene un fin eminentemente moral, pues las ficciones poéticas tienen «....encerrados secretos morales, dignos de ser advertidos, y entendidos é imitados (2).»

La poesía es un arte alto y dignísimo y en extremo excelente (3) como sus provechosos

---

(1) *La Gitanilla*, pág. 133.

(2) *Quijote*, tom. I., cap. XXXIII, páginas 359-360.

(3) «La poesía, señor hidalgo, á mi parecer es como una doncella tierna, y de poca edad, y en todo extremo hermosa, á quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella; pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traida por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas, ni por los rincones de los palacios: ella es hecha de una alquimia de tal virtud, que quien la sabe tratar la volverá en oro purísimo de inestimable precio: hala de tener, el que la tuviere, á raya, no dejándola correr en torpes sátiras, ni en desalmados sonetos; no ha de ser rendible en ninguna manera, si ya no fuere en poemas heróicos, en lamentables tragedias, ó en comedias alegres y artificiosas: no se ha de dejar tratar de los truhanes: ni del ignorante vulgo, incapaz de conocer ni estimar

resultados demuestran pues la poesía es tan limpia como el agua clara que á todo lo no limpio aprovecha: es como el sol que pasa por todas las cosas inmundas sin que se le pegue nada; es habilidad que tanto vale cuanto se estima; es un rayo, que suele salir de donde está encerrado, no abrasando, sino alumbrando; es instrumento acordado, que dulcemente alegra los sentidos, y al paso del deleite lleva consigo la honestidad y el provecho (1).»

Y á tal llegan los delirios de Cervantes por el arte que cultiva, que la llama ciencia y ciencia superior á todas:

«¿Puede ninguna ciencia compararse
Con esta universal de la poesía,

---

los tesoros que en ella se encierran: y no penséis, señor, que yo llamo aquí vulgo solamente á la gente plebeya y humilde, que todo aquel que no sabe, aunque sea señor, y príncipe, puede y debe entrar en número de vulgo; y así el que con los requisitos que he dicho tratare y tuviere á la poesía, será famoso y estimado su nombre en todas las naciones políticas del mundo.» *Quijote*, tom. II, cap. XVI, pág. 133.

(1) *Persiles*, lib. III; cap. II; pág. 130.

Qué límites no tiene de encerrarse? (1)»

Cervantes es defensor de la poesía romance (¿cómo no?) fundándose en que, cada cual debe escribir en su lengua.

Curioso es también ver como ensalza la poesía, diciendo que «...los poetas se llaman también vates, que quiere decir adivinos (2).»

Concluiré diciendo que el príncipe de nuestros novelistas asegura que todas las almas son iguales y que en la mayor ó menor perfección del cuerpo consiste la afición á la poesía ó á otra ciencia (3), diciendo además que el poeta nace (4), y que son muy escasos (5), sin duda por esta razón.

---

(1) *Viaje del Parnaso*, cap. IV, pág. 513.
(2) *Quijote*, tom. II, cap. I, pág. 14.
(3) *Persiles*, libro I, cap. XVIII, pág. 372.
(4) Ibidem, *Quijote*, tom. II, cap. XVI, pág. 134.
(5) *Quijote*, tom. II, cap. IV, pág. 35.

§ IX

La Música

Habiendo ya hablado de lo referente á la imitación y al desnudo, sólo diré ahora que Cervantes concedía á la música poder para causar grandísimos efectos, «...la experiencia me mostraba que la música compone los ánimos descompuestos y alivia á los trabajos que nacen del espíritu (1).»

---

(1) *Quijote*, tom. I, cap. XXVIII, pág. 290.

§ X

El canto

También aquí me ocuparé tan sólo en los efectos del canto, haciendo notar las siguientes palabras: «...oirán una voz de un mozo de mulas, que de tal manera canta que encanta (1).»

---

(1) *Quijote*, tom. I, cap. XLII, pág. 489.

§ XI

Ideas sobre el gusto

A dos puntos se refiere este párrafo: á la variedad que en el gusto se nota, y al tribunal del mismo. En cuanto al primero, diré que Cervantes asegura que «...hay diferentes gustos... (1)» siendo imposible que una cosa «...satisfaga y contente á todos (2).» Respecto á la segunda cuestión, notaré que viene á demostrar que al mismo tiempo que la variedad, existe un principio de unidad, pues tiene como único tribunal competente al público doc-

---

(1) *Quijote*, tom. II, cap. III, pág. 23.
(2) *Quijote*, tom. II, cap. III, pág. 29.

to (1); y á tal punto llega en esto que se muestra partidario de la censura literaria personal (2), absurdo que en este ilustre escritor es verdaderamente incomprensible. Ya insistiré sobre esto.

(1) *Quijote*, tom. I, cap. XLVIII, pág. 554.—Y también: *Quijote*, tom. I, cap. XLVIII, pág. 555.

(2) *Quijote*, tom. I, cap. XLVIII, pág. 559.

APENDICE A

IDEAS PRECEPTIVAS DE CERVANTES

§ I

Conceptos de preceptiva

No siendo las ideas de preceptiva propiamente estéticas, no encontraba disculpado el título dado al presente librito, al incluirlas; pero como, por otra parte, la preceptiva literaria y la estética tienen entre sí tan íntima relación, como efecto que es la primera de la segunda, y se compenetran de tal modo, no debía de pasarlas en silencio. Considerando estas dos razones, me he decidido á ordenarlas en forma de apéndice.

El fin de las letras humanas es perfectamente moralizador (1). Los libros profanos han de ser «...de honesto entretenimiento, que deleiten con el lenguaje, y admiren y suspendan con la invención (2).» Examinando las *Novelas Ejemplares* se ve de un modo admirable en su prólogo expuestos los deberes del novelista en las siguientes palabras: «Heles dado el nombre de ejemplares, y si bien lo miras, no hay ninguna de quien no se pueda sacar un ejemplo provechoso; y si no fuera por no alargar este sujeto, quizás te mostrara el sabroso y honesto fruto que se podría sacar, así de todas juntas, como de cada una de por sí. Mi intento ha sido poner en la plaza de nuestra república una mesa de trucos, donde cada uno pueda llegar á entretenerse sin daño de barras: digo sin daño del alma ni del cuerpo, porque los ejercicios honestos y agradables antes aprovechan que dañan. Sí; que no siem-

(1) *Quijote*, tom. I, cap. XXXVII, pág. 432.
(2) *Quijote*, tom. II, cap. XVI, pág. 130.

pre se está en los templos, no siempre se ocupan los oratorios, no siempre se asiste á los negocios, por calificados que sean: horas hay de recreación donde el afligido espíritu descanse: para este efecto se plantan las alamedas se buscan las fuentes, se allanan las cuestas, y se cultivan con curiosidad los jardines. Una cosa me atreveré á decirte: que si por algún modo alcanzara que la lección de estas novelas pudieran inducir á quien las leyera á algún mal deseo ó pensamiento, antes me cortara la mano con que las escribí, que sacarlas en público: mi edad no está ya para burlarse con la otra vida, que al cincuenta y cinco de los años gano por nueve más y por la mano.»

Respecto á la composición de los argumentos, nos dice Cervantes que «Hanse de casar las fábulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyeren, escribiéndose de suerte que facilitando los imposibles, allanando las grandezas, suspendiendo los ánimos, admiren, suspendan, alborocen, y entretengan de modo, que anden á un mismo paso la ad-

miración y la alegría juntas (1)...» Y en lugar inmediato anterior dice que «tanto la mentira es mejor, cuanto más parece verdadera, y tanto más agrada, cuanto tiene más de lo dudoso y apacible...»

En favor de la sencillez pueden citarse estas palabras dirigidas á Sancho por Don Quijote: «...habla á lo llano, á lo liso, á lo no intrincado, como muchas veces te he dicho, y verás como te vale un pan por ciento (2).»

En cuanto á la magnitud de la obra se muestra Cervantes partidario de la brevedad (3), así como de la de las digresiones (4) y la de los episodios. También es digna de notarse la consideración que le merecen los refranes como «...sentencias breves sacadas de la lengua y discreta experiencia (5)...»

---

(1) *Quijote*, tom. I, cap. XLVII, pág. 551.

(2) *Quijote*, tom. II, cap. LXXI, pág. 630.

(3) *Persiles*, lib. I, cap. VIII, pág. 359.—Ibidem, lib. II, cap. XXII, pág. 424.

(4) Ibidem, lib. II, cap. XVI, pág. 414.

(5) *Quijote*, tom. I, cap. XXXIX, pág. 440.

Toda afectación es mala (1).

Muy en cuenta debe tenerse la opinión que profesaba acerca de los libros de caballerías el autor de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.* Acaso se podría creer que había sido nuestro ilustre Cervantes enemigo irreconciliable de todo lo que á libros de caballería pudiera referirse; pero lejos de ser así, y como prueba de que sólo perseguía los malos, se pueden citar dos pasajes arrancados precisamente del *Quijote*: en el primero asegura que pudiera haber buenos libros de caballerías: «Y así se diese cargo á otro, ó á este mismo, que examinase los libros de caballerías que de nuevo se compusiesen, sin duda podrían salir algunos con la perfección que vuestra merced ha dicho, enriqueciendo nuestra lengua del agradable y precioso tesoro de la elocuencia, dando ocasión que los libros viejos se escureciesen á la luz de los

(1) *Quijote*, tom. II, cap. XVI, pág. 234.—Ibidem, ib., cap. XLIII, pág. 573.

nuevos, que saliesen para honesto pasatiempo no solamente de los ociosos sino de los más ocupados, pues no es posible que esté continuo el arco armado, ni la condición y flaqueza humanas se pueden sustentar sin alguna lícita recreación (1):» por el segundo pasaje se ve no sólo que pueden hacerse, sino también que se prestan admirablemente para desenvolver todas las galas de la poesía y todas las riquezas de la más privilegiada imaginación: «...y dijo que con todo cuanto mal había dicho de tales libros, hallaba en ellos una cosa buena, que era el sujeto que ofrecían para que un buen entendimiento pudiese mostrarse en ellos, porque daban largo y espacioso campo por donde sin empacho alguno pudiese correr la pluma, describiendo naufragios, tormentas, reencuentros y batallas, pintando un capitán valeroso con todas las partes que para ser tal se requieren, mostrándose prudente, previniendo las astucias de sus enemigos, y

(1) *Quijote,* tom. I, cap. XLVIII, pág. 560.

elocuente orador, persuadiendo ó disuadiendo á sus soldados, maduro en el consejo, presto en lo determinado, tan valiente en el esperar, como en el acometer: pintando ora un lamentable y trágico suceso, ora un alegre y no pensado acontecimiento; allí una hermosísima dama, honesta, discreta y recatada: aquí un caballero cristiano, valiente y comedido: acullá un desaforado bárbaro fanfarrón: acá un príncipe cortés, valeroso y bien mirado; representando bondad y lealtad de vasallos, grandezas y mercedes de señores: ya puede mostrarse astrólogo, ya cosmógrafo excelente, ya músico, ya inteligente en las materias de estado, y tal vez le vendrá ocasión de mostrarse nigromante, si quiere: puede mostrar las astucias de Ulises, la piedad de Eneas, la valentía de Aquiles, las desgracias de Héctor, las traiciones de Amnón, la amistad de Eurialo, la liberalidad de Alejandro, el valor de César, la clemencia y verdad de Trajano, la fidelidad de Zopiro, la prudencia de Catón, y finalmente todas aquellas acciones que pueden hacer perfecto á un varón ilustre, ahora poniéndo-

las en uno solo, ahora dividiéndolas en muchos: y siendo ésto hecho con apacibilidad de estilo, y con ingeniosa invención que tire lo más que fuere posible á la verdad, sin duda compondrá una tela de varios y hermosos lazos tejida, que después de acabada, tal perfección y hermosura muestre, que consiga el fin mejor que se pretende en los escritos, que es enseñar y deleitar juntamente, como ya tengo dicho; porque la escritura desatada de estos libros da lugar á que el autor pueda mostrarse épico, lírico, trágico, cómico, con todas aquellas partes, que encierran en sí las dulcísimas y agradables ciencias de la poesía y de la oratoria: que la Epica también puede escribirse en prosa como en verso (1).»

La sátira es digna de alabanza cuando se dirige contra el vicio (2).

Entre las faltas de una comedia se encuen-

---

(1) *Quijote*, tom. I, cap. XLVII, pág. 553.
(2) Ibidem, tomo II, cap. XVI, pág. 135.

tran, largueza en los razonamientos, impureza en los versos y desmayo en la invención (1).

(1) *Adjunto al Viaje del Parnaso.*

§ II

La historia.

Enseñar, moralizar, ser la guia del hombre es el fin de la historia. «Ea, señor Don Quijote, duélase de sí mismo, y redúzcase al gremio de la discreciónu, y sepa usar de la mucha que el cielo fué servido de darle, empleando el felicísimo talento de su ingenio en otra lectura que redunde en aprovechamiento de su conciencia, y en aumento de su honra: y si todavía, llevado de su natural inclinación quisiere leer libros de hazañas y de caballerías, lea en la Sacra Escritura el de los Jueces, que allí hallará verdades grandiosas y hechos tan verdaderos como valientes. Un

Viriato tuvo Lusitania; un César, Roma; un Anibal, Cartago; un Alejandro, Grecia; un conde Fernán González, Castilla; un Cid, Valencia; un Gonzalo Fernández, Andalucía; un Diego García de Paredes, Extremadura; un Garci-Pérez de Vargas, Jerez; un Garci-Lasso, Toledo; un Don Manuel de León, Sevilla, cuya lección de sus valerosos hechos puede entretener, enseñar y deleitar y admirar á los más altos ingenios que los leyeren. Esta si será lectura digna del buen entendimiento de vuestra merced, señor D. Quijote mío, de la cual saldrá erudito en la historia, enamorado de la virtud, enseñado en la bondad, mejorado en las costumbres, valiente sin temeridad, osado sin cobardía: y todo esto para honra de Dios, provecho suyo, y fama de la Mancha, do, según he sabido, trae vuestra merced su principio y origen (1).»

La historia ha de ser puntual, verdadera, no apasionada, y ni el interés, ni el miedo, ni el

---

(1) *Quijote*, tom. I, cap. XLIX, pág. 568.

rencor, ni la afición le haga torcer el camino de la verdad (1), que «los historiadores que de mentiras se valen, habían de ser quemados (2):» porque la historia «... más tiene su fuerza en la verdad, que en las frías disgresiones(3).» Con gran tino afirma Cervantes que los hechos que no tienen un carácter público tal que modifiquen la verdad de la historia deben callarse (4).

No es lo mismo escribir como poeta que como historiador: «....el poeta puede contar, ó cantar, las cosas no como fueron, sino co-

---

(1) «... cosa mal hecha y peor pensada, habiendo y debiendo ser los historiadores puntuales, verdaderos y nada apasionados, y que ni el interés, ni el miedo, ni el rencor, ni la afición no les haga torcer del camino de la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir.» *Quijote*, tom. I, cap. VII, pág. 65.

(2) *Quijote*, tom. II, cap. III, pág. 27.

(3) *Quijote*, tom. II, cap. XVIII, pág. 150.

(4) *Quijote*, tom. II, cap. III, pág. 24.

mo debían ser, y el historiador las ha de escribir no como debían ser sino como fueron, sin añadir ni quitar á la verdad cosa alguna (1).»

Tan necesaria es la veracidad á la historia que «...es como cosa sagrada, porque ha de ser verdadera, y donde está la verdad está Dios en cuanto á verdad (2)...»

---

(1) *Quijote*, tom. II, cap. III, pág. 24.
(2) *Quijote*, tom. II, cap. III, pág. 28.

§ III.

Cómo ha de ser el lenguaje

Persuadido Cervantes del valor y significación del lenguaje, dice en el *Quijote*, que «...de la abundancia del corazón habla la lengua (1).» En el prólogo de esta misma obra pone en boca de aquel su amigo estas ó parecidas palabras que muestran cómo el lenguaje debe ser: «... procurar que á la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas, salga vuestra oración y período sonoro y festivo, pintando en todo lo que alcan-

(1) *Quijote*, tom. II, cap. XII, pág. 97.

zábades y fuere posible vuestra intención, dando á entender vuestros conceptos; sin intrincarlos ni escurecerlos.»

El uso introduce y generaliza los vocablos. (1).

El principio de la imitación es reconocido al final del prólogo del *Ingenioso Hidalgo* por estas frases: «...sólo tiene que aprovecharse de la imitación en lo que fuere escribiendo, que cuanto ella fuere más perfecta, tanto mejor será lo que escribiere.» Hay que creer que esta mitación no había de ser servil.

---

(1) *Quijote*, tom. II, cap. XLIII, pág. 373.

APENDICE B

IDEAS CRITICAS DE CERVANTES

§ I

La crítica y los críticos

Pocas noticias anotaré en este lugar, pues que de la mayor parte de los escritores de quien este ilustre genio nos habla en sus escritos no nos ha dejado más que elogios por lo general bastante monótonos. La causa de haber añadido este apéndice al anterior, ha sido mi afán de redondear este trabajo, que si ha resultado malo como mío, no ha sido por falta de voluntad en mí de presentarlo lo mejor posible.

El concepto que del poder de la crítica tenía nuestro escritor se manifiesta de un modo clarísimo en las siguientes frases de la dedicatoria de las *Novelas Ejemplares* al Conde de Lemos: «Tampoco suplico á vuestra excelencia reciba en su tutela este libro, porque sé que si él no es bueno, aunque lo ponga debajo de las alas del hipógrifo de Astolfo y á la sombra de la clava de Hércules, no dejarán los Zoilos, los Zínicos, los Aretinos y los Bernias de darse un filo en su vituperio, sin guardar respeto á nadie.» Y en El *Ingenioso Hidalgo* dice el bachiller Sansón Carrasco «... que como las obras impresas se miran despacio, fácilmente se ven sus faltas, y tanto más se escudriñan, cuanto es mayor la fama del que las compuso: los hombres famosos por sus ingenios, los grandes poetas, los ilustres historiadores, siempre ó las más veces, son envidiados de aquellos que tienen por gusto y por particular entretenimiento juzgar los escritos ajenos, sin haber dado algunos propios á la luz del mundo,» y aunque Don Quijote dice en seguida que «Eso no es

de maravillar...porque muchos teólogos hay que no son buenos para el púlpito, y son bonísimo para conocer las faltas, ó soleras de los que predican,» el bachiller replica: «Todo esto es así, señor Don Quijote, ...pero quisiera yo que los tales censuradores fueran más misericordiosos, y menos escrupulosos, sin atenerse á los átomos del sol clarísimo de la obra de que murmuran, que si *aliquando bonus dormitat Homerus*, consideren lo mucho que estuvo despierto por dar la luz de su obra con la menos sombra que pudiese, y quizás podría ser que lo que á ellos les parece mal, fuesen lunares que á las veces acrecientan la hermosura del rostro que los tiene (1)...»

También afirma Cervantes que el crítico tiene que ser apasionado en el juicio de sus propias obras (2).

---

(1) *Quijote*, tom. II, cap. III, pág. 28.

(2) *Quijote*, tom. II, cap. IX, pág. 159.

§ II

Crítica del teatro

Se muestra por demás severo Cervantes en la crítica del teatro, por lo cual, sus argumentos han sido repetidos por todos los enemigos de la escena tradicional española hasta la saciedad.

Ya diré yo mi parecer en este punto; porque como ésta es una cuestión muy tratada, conviene ante todo transcribir las mismas palabras del inmortal Cervantes. Helas aquí: «En materia ha tocado vuestra merced, señor canónigo, dijo á esta sazón el cura, que ha despertado en mí un antiguo rencor que tengo con las comedias, que agora se usan, tal que

iguala al que tengo con los libros de caballerías; porque habiendo de ser la comedia, según le parece á Tulio, espejo de la vida humana, ejemplo de las costumbres, é imagen de la verdad, las que ahora se representan son espejos de disparates, ejemplos de necedades, é imágenes de lascivias; porque ¿qué mayor disparate, puede ser en el sujeto que tratamos, que salir un niño en mantillas en la primera escena del primer acto, y en la segunda, salir ya hecho hombre barbado? y que mayor, que pintarnos un viejo valiente, y un mozo cobarde, un lacayo retórico, un page consejero, un rey ganapán, una princesa fregona? qué diré pues de la observancia que guardan en los tiempos en que pueden, ó podían suceder las acciones que representan, sino que he visto comedia que la primera jornada comenzó en Europa, la segunda en Asia la tercera se acabó en Africa, y aun si fuera de cuatro jornadas, la cuarta acabara en América; y así se hubiera hecho en todas las partes del mundo? Y si es que la imitación es lo principal que ha de tener la comedia, ¿cómo

es posible que satisfaga á ningún mediano entendimiento que fingiendo una acción, que pasa en tiempo del rey Pepino y Carlo Magno, al mismo que en ella hace la persona principal, le atribuyan que fué el emperador Heraclio, que entró con la cruz en Jerusalén, y el que ganó la casa santa con Godofre de Bullón, habiendo infinitos años de lo uno á lo otro; y fundándose la comedia sobre cosa fingida, atribuirle verdades de historia, y mezclarle pedazos de otras, sucedidas á diferentes personas y tiempos, y esto no con trazas verosímiles, sino con patentes errores de todo punto inescusables? y es lo malo, que hay ignorantes que digan que esto es lo perfecto, y que lo demás es buscar gollerías. Pues ¿qué, si venimos á las comedias divinas? ¡qué de milagros falsos fingen en ellas, qué de cosas apócrifas y mal entendidas, atribuyendo á un santo los milagros de otro! y aun en las humanas se atreven á hacer milagros sin más respetos ni consideración que parecerles que allí estará bien el tal milagro, y apariencia como ellos llaman, para que gente ignorante

se admire, y venga á la comedia: que todo esto es en perjuicio de la verdad, y en menoscabo de las historias, y aun en oprobio de los ingenios españoles; porque los extranjeros, que con mucha puntualidad guardan las leyes de la comedia, nos tienen por bárbaros é ignorantes viendo los absurdos y disparates de las que hacemos: y no sería bastante disculpa desto decir que el principal intento, que las repúblicas bien ordenadas tienen, permitiendo que se hagan públicas comedias, es para entretener la comunidad con alguna honesta recreación, y divertirla á veces de los malos humores que suele engendrar la ociosidad; y que pues esto se consigue con cualquier comedia, buena ó mala, no hay para qué poner leyes, ni estrechar á los que las componen y representan, á que las hagan como debían hacerse, pues, como he dicho, con cualquiera se consigue lo que con ellas se pretende. A lo cual respondería yo que este fin se conseguiría mucho mejor sin comparación alguna con las comedias buenas que con las no tales, porque de haber oído la comedia ar-

tificiosa y bien ordenada saldría el oyente alegre con las burlas, enseñado con las veras, admirado con los sucesos, discreto con las razones, advertido con los embustes, sagaz con los ejemplos, airado contra el vicio, y enamorado de la virtud: que todos estos efectos ha de despertar la buena comedia en el ánimo del que la escuchare, por rústico y torpe que sea: y de toda imposibilidad es imposible dejar de alegrar y entretener, satisfacer y contentar las comedias que todas estas partes tuvieren, mucho más que aquellas que careciesen dellas, como por la mayor parte carecen éstas que de ordinario agora se representan; y no tienen la culpa de esto los poetas que las componen, porque algunos hay dellos que conocen muy bien en lo que yerran, y saben extremadamente lo que deben hacer; pero como las comedias se han hecho mercadería vendible, dicen, y dicen verdad, que los representantes no se las comprarían si no fuesen de aquel jaez; y así, el poeta procura acomodarse con lo que el representante, que le ha de pagar su obra, le pide: y que esto sea

verdad, véase por muchas é infinitas comedias que ha compuesto un felicísimo ingenio de estos reinos con tanta gala, con tanto donaire, con tan elegante verso, con tan buenas razones, con tan breves sentencias, y finalmente tan llenas de elocución y alteza de estilo, que tiene el mundo lleno de su fama; y por querer acomodarse al gusto de los representantes, no han llegado todas, como han llegado algunas, al punto de la perfección que requieren. Otros las componen tan sin mirar lo que hacen, que, después de representadas, tienen necesidad los recitantes de irse y ausentarse temerosos de ser castigados, como lo han sido muchas veces, por haber representado cosas en perjuicio de algunos reyes, y en deshonra de algunos linages: y todos estos inconvenientes cesarían, y aun otros muchos más que no digo, con que hubiese en la corte una persona inteligente y discreta, que examinase todas las comedias antes que se representasen: no sólo aquellas que se hiciesen en la corte, sino todas las que se quisiesen representar en España; sin la cual aprobación,

sello y firma, ninguna justicia en su lugar dejase representar comedia alguna: y de esta manera los comediantes tendrían cuidado de enviar las comedias á la corte, y con seguridad podrían representarlas, y aquellos que las componen mirarían con más cuidado y estudio lo que hacían, temerosos de haber de pasar sus obras por el riguroso examen de quien lo entiende: y de esta manera se harían buenas comedias y se conseguiría felicísimamente lo que en ellas se pretende, así el entretenimiento del pueblo, como la opinión de los ingenios de España, el interés y seguridad de los recitantes y el ahorro del cuidado de castigarlos (1).»

Muchos han creido que el gran genio en cuyas ideas críticas nos venimos ocupando, hablaba de este modo acerca de nuestro teatro nacional, como dramaturgo postergado por las prodigiosas creaciones del Fénix de

(1) *Quijote,* tom. I, cap. XLVIII, páginas 557-560.

los ingenios; más yo, y quisiera en verdad no equivocarme por honra de nuestro insigne Cervantes, creo que éste no era un adversario del teatro genuinamente español ni de los grandes autores dramáticos sus contemporáneos, sino de las exageraciones en que los imitadores de éstos cayeron; asi, no defiende de un modo riguroso las unidades de lugar y tiempo, sino que lo que combate es la ruptura exagerada de dichas unidades, cuando perjudica á la verosimilitud, cuando no guarda conformidad con las leyes necesarias del ser contigente.

En cuanto á la unidad de acción, la defendió de un modo completamente franco.

§ III

Varios asuntos.

No se muestra Cervantes amigo de las glosas por «.... que jamás la glosa podía llegar al texto, y que muchas ó las más veces iba la glosa fuera de la intención y propósito de lo que pedía lo que se glosaba, y más que las leyes de la glosa eran demasiadamente estrechas, que no sufrían interrogantes, ni *dijo* ni *diré*, ni hacer nombres de verbos, ni mudar el sentido con otras ataduras y estrechezas, con que van atados los que glosan (1).»

---

(1) *Quijote*, tom. II, cap. XVIII, pág. 154.

Reconoce la fecundidad de España en poetas (1).»

En el prólogo de las *Novelas Ejemplares* dice de los novelistas de su tiempo: «....por aquí, me lleva mi inclinación y más que me doy á entender (y es asi) que yo soy el primero que he novelado en lengua castellana; que las muchas novelas que en ella andan impresas, todas son traducidas de lenguas extranjeras y éstas son mias propias (2)...» Esta afirmación es sumamente exagerada.

Sobre la crítica de los libros de caballerías, materia tan interesante para todo el que estudia las obras de Cervantes, poco he de decir, después de lo que ya he dejado apuntado en otro lugar. En el escrutinio de la biblioteca de Don Quijote (3) se ocupa en ir criticando los más conocidos libros de caballerías y tan sólo elogia á *Amaudis de Gaula, Palmerín de Inglaterra y Tirante el*

---

(1) *Persiles*, lib. I, cap XVIII, pág. 372.
(2) Prólogo de las *Novelas Ejemplares*.
(3) *Quijote*, tom. I, cap. VI.

Blanco. Todos los demás son condenados al fuego menos *Espejo de Caballerías*, excepción hecha en consideración al gran Ariosto.

De los libros y poetas en que se ocupa, ya en el escrutinio de la biblioteca de Don Quijote, ya en el canto de Caliope, inserto en *La Galatea*; ora en el *Viaje del Parnaso*, ora en algún que otro lugar aislado, sólo diría sus nombres, pues, siendo casi todo lo que acerca de ellos dice elogios, resultaría demasiado monótono este trabajo; mas dejando ésto por muy pesado y no muy útil, sólo diré que en tales juicios se muestra Cervantes casi siempre demasido benévolo. Solo se puede señalar una excepción, el juicio de Avellaneda; pero la guerra que este envidioso escritor le hizo disculpa del todo su acerba censura.

Sólo diré para terminar, que el ilustre autor del *Ingenioso Hidalgo*; si como es natural defiende sus escritos en la mayoría de los casos de los defectos que se le achacaban, en algunos tiene la honrosa humildad de confesar sus yerros.

APENDICE C

LOS PRINCIPIOS EN LAS OBRAS

§ I

Aplicación de los principios

Después de las doctrinas expuestas parece indispensable dedicar algunas líneas á examinar la forma en que Cervantes aplicó sus principios estéticos en sus obras.

La exposición, que he hecho y la confirmación, que he presentado, por medio de numerosos pasajes de las mismas obras cervantinas, deben alejar toda sospecha de que el insigne escritor, gloria de las letras patrias, fuese un pensador teórico, que olvidase las

teorías cuando de escribir se trataba. No obstante, bueno será examinar en conjunto sus inimitables creaciones, dejando para una edición de las mismas el anotarlas examinando los detalles, lo que algún día acometeré con el favor de Dios y la benevolencia del público. Trataré pues ahora, con cuanta brevedad me fuere posible, de la composición de las fábulas episódicas de lo maravilloso, de las mujeres, los galanes, los ancianos, los rústicos y criados, los cuadros de la naturaleza y de costumbres y el estilo. Trabajo más amplio exigiría dar mayor volumen á este libro y entretener más tiempo que aquel de que dispongo.

Este libro no es para los cervantistas, los cuales conocen mejor que yo al Príncipe de los Ingenios y sus inmortales producciones; no lo es tampoco para los cervantinos, pues no es posible detenerse en un minucioso examen del estilo ni de la *manera de hacer*, como ahora se dice: he escrito sólo para los cervantófilos, dándoles reunido y formando cuerpo de doctrina lo que únicamente podrían hallar disperso y, al parecer, incoherente.

§ II

Composición de las fábulas

Cervantes no escribió jamás repentizando como Lope de Vega. El ilustre Inquisidor fué dotado de una fecundidad jamás igualada por ningún otro escritor. No quiere esto decir que Cervantes careciese de imaginación productora; lejos de ello, la disfruta en alto grado, como sus obras demuestran lo mismo con su grandiosa complegidad como con las múltiples fábulas incidentales á ellas unidas.

Mas Cervantes debió dedicar algún tiempo á estudiar las fábulas concebidas, retocándolas y modelándolas, tanto en su estructura como en su desarrollo, antes de comenzar á

escribir. Desde este momento su trabajo debió ser sencillo y brevísimo, utilizando con facilidad pasmosa cuanto su prodigiosa fantasía y su memoria le proporcionaban.

La inspiración poética, como con gran acierto dice el Sr. Menéndez Pelayo, no es opuesta, como vulgarmente se cree, á la meditación filosófica. Por el contrario, entre la Metafísica y la Poesía hay grandes analogías y semejanzas: pocas operaciones del entendimiento humano son tan semejantes entre sí como la meditación y la inspiración.

Ahora bien, Cervantes fué uno de los artistas que más pensaron sus composiciones; sus concepciones caleoténicas están tan meditadas como las de Dante Alighieri ó Quevedo. Concebido un personaje ó una acción y apreciada su belleza, formaba la fábula, desarrollaba en su mente la acción, dejaba concluso el argumento y abandonaba el resto á la inspiración del momento. No sería difícil ir señalando la fábrica de todas sus obras y el personaje ó hecho que primero concibió en cada una.

La mayor parte de los escritores proce-

den de opuesto modo: son rápidos en el concebir, y pausados, cansados, fatigosos en el escribir y no conciben la inspiración más que cual obra de un momento. Por eso, los cervantinos, tras de pulir el estilo una y otra vez, resultan al cabo tan lejos del modelo en lo principal. No conozco un solo imitador que demuestre haber comprendido el pensamiento del preclaro maestro. Algunos llegan á escribir como el autor del *Quijote* hubiese escrito, ninguno lo que hubiese escrito; porque no piensan como él, ni se inspiran en sus ideales. Por eso, parecen duros, amanerados, y sus obras, obras de bufete, grandemente lejanas de la frescura y espontaneidad cervantinas.

Es carácter dominante en sus fábulas, la sencillez: hasta los *trabajos de Persiles y Segismunda*, la más complicada de todas, mucho más que el *Quijote*, descansa sobre una acción sencillísima: lo accidental, lo episódico, lo adherido es lo que hace surgir la complicación.

Crea uno ó dos personajes, los pone fren-

te á frente, los relaciona, colócalos en diversas y varías situaciones y en trato con otras figuras y todo ello sin que un solo carácter se contradiga, sin que la pintura desdibuje el cuadro en lo más mínimo: el personaje que en dos ocasiones distintas procede de opuesta manera es porque para continuar siendo el mismo es preciso que se determine y obre en modos opuestos.

§ III

Las fábulas episódicas

Y las fábulas episódicas están compuestas exactamente lo mismo que las principales. Con tanto cariño está pensada y con tanto cuidado tejida la historia de *Dorotea* como la fábrica inmortal del *Ingenioso Hidalgo*.

No son las fábulas episódicas para Cervantes simplemente adornos ó rellenos de lo principal, sino acciones complejas, que segregadas forman novelas completas y acabadas, sin que por ello sean pegadizos de la principal: piedras preciosas de valor inestimable engarzadas á las joyas por el genial artista construidas, aunque completas y perfec-

tas no se encuentran mejor en ningún lugar que en su natural engarce.

La brevedad y la sencillez que resplandecen en las fábulas principales campean de igual modo en las episódicas.

En ocasiones, dos de estas creaciones se encuentran, se penetran y entrelazan de varios modos, avalorándose mutuamente sin perjuicio de lo principal, como no desdecirían en la corona de un monarca dos piedras cuyos cristales se hubiesen entrecortado al fundirse.

¡Singular poder del ingenio! Cria y combina los más desemejantes sucesos y los combina y mezcla como en la realidad misma acontece. Por eso la variedad, lejos de romper la unidad del conjunto, hace surgir la harmonía.

§ IV

De lo maravilloso

Son muchos los que en el día rechazan con horror el empleo de lo maravilloso en el arte, cual si la humanidad hubiese llegado á grado tal de sabiduría que el hombre pudiese darse cuenta de todo, ó como si por pertenecer la familia humana por completo á la inmunda piara de Epicuro, todos estuviésemos apegados á la prosa de la materia. Por el contrario, Cervantes usa con frecuencia de lo maravilloso y lo emplea con indiscutible acierto: *Las anagnosis*, los inesplicables movimientos del ánimo, la relación entre el pensamiento de un personaje y lo que le su-

cede, entre su conducta y la de otros distantes ó ignorantes de sus actos no producen extrañeza tal cual él los presenta.

El mundo del espíritu es tan real y verdadero como el de la materia y las determinaciones de la voluntad tan actos como los exteriorizados. La Providencia, cuya intervención se ve patente en los grandes acontecimientos, rige del mismo modo los pequeños.

Es indudable que Cervantes encontró lo maravilloso en la epopeya; pero al transformarla en la novela, no tuvo porqué proscribirlo, pues la vida real está preñada de sucesos maravillosos.

§ V

Las mujeres de Cervantes

Por lo que á los personajes se refiere, Miguel de Cervantes los concibe y modela por análogo modo que las fábulas. Todos ellos son seres reales y vivos, incluso los más ideales, tales como D. Quijote y el Licenciado Vidriera. Concibe los caracteres antes que los tipos, luego los temperamentos y por último las situaciones. Cada uno de ellos es una obra maestra irreformable.

Pero donde pone mayor empeño es en las mujeres: las creó de toda clase y condición, desde la dama hasta la pícara; pero, las trata en todo caso con respeto y consideración, con habi-

lidad suma, sin sacrificar jamás á los efectos el tipo general de mujer por él concebido y que constantemente vagaba ante sus ojos. La providencial coincidencia de haber encontrado antes de escribir sus obras más importantes (*Galatea, Novelas Ejemplares, Quijote y Persiles*) en la realidad una mujer encarnación del tipo suprasensible, por su prodigiosa fantasía forjado, da un sello fijo, que alguien llamaría monótono, á todas sus mujeres ó, mejor á sus damas, tomando esta palabra en acepción amplísima, como mujer capaz de inspirar y recibir el amor legítimo y verdadero.

Este hermoso modelo típico del artista no es otro que la bellísima, virtuosa y discreta Doña Catalina de Salazar: todas sus damas guardan una íntima relación con Galatea, con frecuencia, hasta en lo físico. Así, rarísima es la dama cervantina que no es alta, esbelta, rubia, de ojos verdes y blancura alabastrina. En lo intelectual, son discretas, rápidas en el concebir, hábiles en el exponer, mesuradas en el obrar: con grandísima frecuencia cantan y tañen como ángeles; poquísimas ve-

ces bailan. En lo moral poseen la más grande de las bellezas: son honestas, caritativas, virtuosas, constantes, fuertes, indomables, más conocedoras del amor y sus peligros que inocentes; muy pocas veces las pinta cándidas; nunca ligeras: son grandes mujeres, hermosas, intelectuales, con voluntad firme hasta las niñas.

Las mujeres de Cervantes no se sorprenden jamás de verse amadas; mas consideran todas ellas como una ofensa el solicitarlas deprisa y con escándalo: consideran falso todo amor que nace presto y ofensivo á su recato darse por enteradas antes que la pasión de sus galanes se aquilate en la adversidad y, sobre todo, en el transcurso del tiempo; siempre desconfían de que sea amor y no apetito lo que inspire su belleza.

Así, todas resisten, retardan; pero, una vez aceptada una pasión, corresponden á ella de lleno: sin detrimento de su honestidad, muéstranse apasionadas y firmes. La impaciencia, la codicia y la volubilidad no la conocen: jamás aman á sus galanes por hermosos (mu-

chos no lo son) ni por ricos (al menos que se trate de una doncella forzada por sus padres ó guardadores y siempre tenida por rebajada y caída) ni por alegres, disipados, obstentosos ó conquistadores. En todo caso, muéstranse obligadas y agradecidas por la constancia, finezas y servicios del amador. La que cae, cosa que casi no sucede, no cae jamás del todo, ni llevada de la deshonestidad, sino más bien para huir de que los que sobre ellas ejercen autoridad las empujen á cambios ó las entreguen á ricos ó poderosos. Y, aun así, éstas caídas se reducen á una oposición tenaz, á escapar de la autoridad que las oprime y á dar su mano sin el consentimiento de los que deben otorgarlo.

Las ancianas son tratadas con respeto, y lo mismo las criadas; las dueñas y pícaras, siempre castigadas, vense movidas de la carne ó de la codicia; mas tratadas en manera de tal discreción, que la moral antes gana que pierde con ello.

Pocos escritores han alcanzado modo tan delicado y caballeresco de presentar á la mujer.

§ VI

Los galanes

A este alto concepto, que de las mujeres tenía Cervantes, corresponde el de los galanes. No se encuentra entre ellos el odioso traidor por el autor disculpado: cuando uno de ellos llega á degradarse, dícese siempre de un modo muy claro que no es movido por el amor sino por bajo y grosero apetito. Fuera de este caso, ninguno pretende hacer obstentación de lujo, de joyas, servir con aparato y escándalo: antes bien, todos temen ofender el recato de su dama ó herir su suceptibilidad con tales procedimientos. El talento, la agilidad, el valor, el nombre son los me-

dios de que todos intentan valerse para fijar la atención de la amada; la constancia, el sacrificio, las finezas son las armas con que aseguran el corazón conquistado.

En las relaciones del galán con otras damas distintas de la que enamora y con los otros hombres procede siempre como caballero, cuya severidad sólo pueden turbar los celos. Tan unidos considera Cervantes los celos al amor, que no hay en sus obras enamorado no celoso: todos estiman como la mayor de las ofensas cortejarle la dama; todos entienden que para no ser celoso precisa no amar, despreciar el objeto deseado ó carecer de la dignidad de caballero.

Los delitos por celos, sean de amor ó de honor, son los únicos que encuentran perdón á los ojos del autor de «La Galatea.»

Parece que todos sus personajes están habituados á practicar las reglas de Castiglione. Los rivales son los enemigos verdaderos, acaso los únicos que en sus obras se ven; pero obrando siempre con sujeción á las más severas reglas de la caballerosidad.

Interesante es observar cómo la vehemencia de la pasión aparece siempre incompatible con la impaciencia de poseer el objeto amado. Todos hacen imposibles por conquistar y guardar á su amada; ninguno se muestra presuroso por gozarla: para disculpar el deseo de unirse á la amada se alega la necesidad moral de apartarla de los otros: únicamente la traición y volubilidad de la dama explica el cambio en el galán.

Ninguno solicita dos damas á un tiempo sin que se le acuse de villano, afeminado y mal caballero, sin que las personas honradas dejen de negarle el saludo.

La menor falta á una dama, el suponerla capaz de traicionar ó susceptible de cambiar de pasión, considérase delito de tal clase que cualquiera puede castigar, y que castiga el primero que encuentra oportunidad para ello.

§ VII

Otros personajes

Los ancianos son venerables y venerados y más cuando se presentan como padres. Hasta en el enemigo, las canas son respetadas; precisa que el anciano se degrade para que los demás lo traten con desprecio.

Cervantes eleva á los rústicos en aspiraciones y carácter á la alteza de los caballeros y damas: sólo en las formas, en el lenguaje conservan la rusticidad. De ellos, los pastores son los mirados con más cariño y con más esmero retratados: sólo en *La Galatea* son caballeros de corte y damas de salones en hábito pastoril.

Los sacerdotes, como en otro lugar de este libro hago notar, merecen al autor todo respeto y consideración en lo moral y en lo intelectual.

Los criados son fieles, respetuosos, apegados á sus señores, aunque en ocasiones aparezcan interesados ó poco diligentes.

En cuanto á los pícaros, con tanta exactitud pintados, no son tratados jamás con gusto. Al autor repugnaba esa clase social y sólo los utiliza para hacerlos repugnantes á los demás ó para pintar gente alegre y chistosa; que nunca presenta entre los personajes que estima, en los cuales la chispa y el ingenio no son jamás el chiste ni el deseo de divertirse.

NOTA

Si en este libro hubiese algo contrario al dogma de la Iglesia Católica ó á la moral y buenas costumbres, téngase por no escrito.

El Autor

INDICE

	Págs.
Al lector.	7
A guisa de prólogo.	11
Miguel de Cervantes Saavedra.	13
Doña Catalina de Salazar.	18
La tertulia del Inquisidor.	20
La piedad de Cervantes.	23
La pobreza de Cervantes.	28
Los maestros.	32
Cervantes y su tiempo.	35
Escuela literaria.	40
El dramaturgo.	45
El lírico.	48
El novelista.	50
La Galatea.	52
Las Novelas Ejemplares.	54
Persiles.	57
El Quijote.	58
Los refranes de Sancho.	61
El Quijote de Avellaneda.	62
Cervantes y las instituciones.	63

EXPOSICION DE LAS IDEAS ESTETICAS

Págs.

§ I.—Importancia de este estudio estético sobre Cervantes. 69
§ II.—Doctrina sobre la belleza. 74
§ III.—Teoría del amor. 98
§ IV.—Conceptos sobre el placer 122
§ V.—Ideas sobre las bellas artes. . 126
§ VI.—El Teatro. 138
§ VII.—La Pintura. 140
VIII.—La Poesía. 142
IX.—La Música. 146
X.—El Canto. 147
XI.—Ideas sobre el gusto. . . . 148

APENDICE A.—*Ideas preceptivas de Cervantes*

I.—Conceptos de preceptiva. 153
II.—La Historia. 162
III.—Como ha de ser el lenguaje. . . 166

APENDICE B.—*Ideas críticas de Cervantes*

§ I.—La crítica y los críticos. 171
§ II.—Crítica del Teatro. 174
§ III.—Varios asuntos. 182

APENDICE C.—*Los principios en las obras*

§ I.—Aplicación de los principios. . . 187
II.—Composición de las fábulas. . . 189
III.—Las fábulas episódicas. . . . 193
IV.—De lo maravilloso. 195
V.—Las mujeres de Cervantes. . . . 197
VI.—Los galanes. 201
VII.—Otros personajes. 204

OBRAS DEL AUTOR

EN PRENSA

Las Pescadoras de almas (novela).

EN PREPARACION

El Renacimiento Aryo.

Problemas Jurídicos.

De venta en las principales librerías.

Depósito central, antigua librería de Muñoz, Torrijos 68, Málaga.

PRECIO: 2 PTS.

CANCELLED
AUG 14 '65 11
CANCELLED
JAN - 8 '72
449 3929
CANCELLED
APR 24 1972 ILL
4061-958